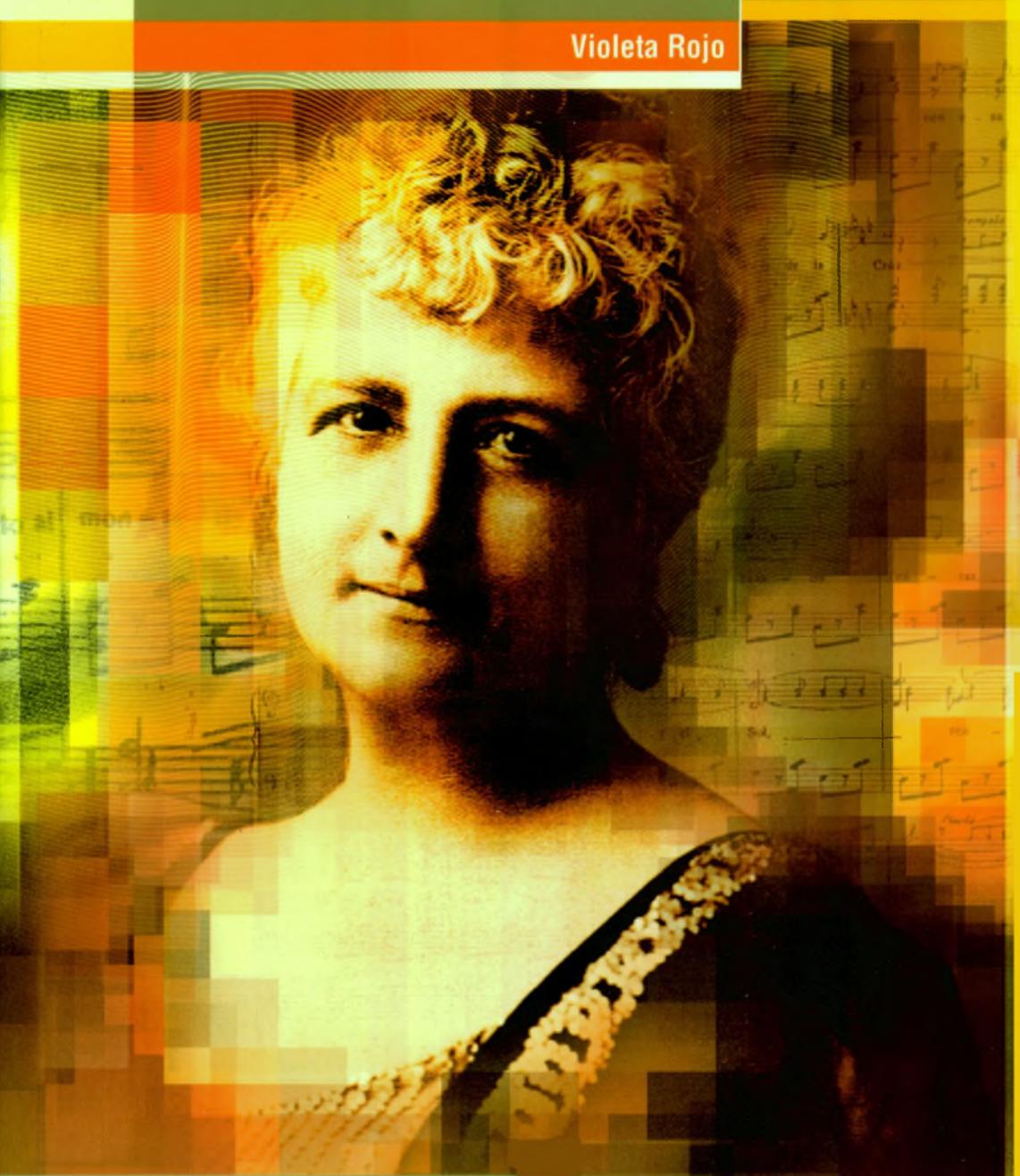


VOLUMEN
17

Teresa Carreño

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Violeta Rojo



EL NACIONAL

50 años
Que se dejan ver



BANCO DEL CARIBE

Violeta Rojo

Violeta Rojo. (Caracas, 1959). Es profesora del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Se recibió como Doctora en Letras USB (2000); Magíster en Literatura Latinoamericana USB (1993), y Licenciada en Letras UCV (1985).

Durante el periodo 2000-2001 se desempeñó como Research Fellow en la Universidad de Kingston (Gran Bretaña), y es actualmente directora de la Revista *Argos*.

Ha publicado *El minicuento en Venezuela* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2004); *Breve manual para reconocer minicuentos* (2 ediciones: Fundarte, 1996 y Universidad Autónoma Metropolitana de México, 1997) y *El infierno soy yo* (1996). Asimismo, es autora de numerosos artículos sobre literatura, cine, fotografía e historia.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Teresa **Carreño**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela 2010

Teresa Carreño

(1853-1917)

Violeta Rojo

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejano

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivos El Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf789200592098.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6915-42-9

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

Quiero agradecer la muy amable colaboración de Arturo González, curador del Archivo Histórico de Teresa Carreño de la Fundación Teresa Carreño; al personal del CEDIAM, Centro de Documentación e Investigaciones Acústico Musicales de la Universidad Central de Venezuela; Adina Izarra; Sonia Chocrón y Tomás Onaindia.

La niña prodigo (1853-1862)



Creo que las venezolanas son mujeres excepcionales, y que sólo la falsa modestia o la natural vergüenza a la pedantería las hace ser discretas al respecto. Creo con la misma vehemencia que Teresa Carreño es la más extraordinaria de una estirpe de mujeres formidables.

Vivió como una mujer del siglo XXI en pleno siglo XIX, lo que no es poco mérito. Hizo con graciosa naturalidad y sin mucha alharaca lo que nosotras podemos hacer después de los movimientos sufragistas y de liberación femenina: fue una profesional, cabeza de familia y, al mismo tiempo, tuvo una vida privada tan intensa como la pública.

Todo lo hizo de una manera superlativa: era un genio, mantuvo a su familia desde los nueve años de edad, fue una destacadísima pianista, famosa y reconocida por sus pares y por el público, se casó cuatro veces, tuvo siete hijos, de los que sobrevivieron cinco, vivió en muchos países, dominó varios idiomas. No sólo fue una de las pocas intérpretes de piano de su época, sino también una de las escasas compositoras y la primera mujer que dirigió una orquesta en nuestro país. Además, era una mujer muy culta, que sabía de música, literatura y pintura; publicó varias de sus composiciones y un libro sobre técnica

de interpretación pianística. Fue una reconocida docente y recorrió el mundo dando conciertos en Europa, toda América del Norte y parte del Sur y llegando hasta Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica.

Teresa Carreño fue una adelantada a su tiempo por varias razones. Venía de una familia intelectualmente privilegiada, en la que nunca se dudó de las capacidades femeninas. También debe haber influido el hecho de criarse entre Nueva York, París y Londres, ciudades muy diferentes a la plácida y provinciana Caracas. Podría ser porque se ganaba la vida y mantenía a su familia desde que era una niña, y eso hace una gran diferencia. Quizás era tan especial porque era un genio, y los de su condición no se rigen por los medianos esquemas vitales de los que no somos así.

Pero su genialidad no hizo el camino más fácil. Rosario Marciano, en su biografía, resalta la inmensa competencia a la que tuvo que enfrentarse. No sólo por la cantidad de pianistas que existían en Europa en la época, sino también porque la técnica de éstos era brillante. De manera que Teresa Carreño llegó a ser reconocida no sólo por su talento excepcional, sino por su fuerte voluntad y una capacidad de trabajo asombrosa, que la hacían resaltar en un medio de alto nivel. Problemas tuvo muchos, profesionales, económicos, sentimentales, familiares, pero los superaba sensatamente.

Las descripciones de Teresa Carreño coinciden en ciertos adjetivos: majestuosa, arrogante, avasallante, imponente. Las referencias a su carácter hablan de su personalidad, pasión y energía. Los espectadores dicen que llegaba al escenario pisando fuerte, que su bravura era “casi brutal” y su manera de tocar era masculina por la fuerza con que pulsaba el teclado. Al mismo tiempo aparecen referencias a su dulzura de trato, encanto personal, feminidad y hermosura. Se le endilgaron muchos calificativos: Titán, Leona, Walkiria del piano, Brünhilde del teclado. En el *Musical America* se dice que el más alto honor y su mejor nombre es ser “La Carreño”. Sin embargo, creo que la mejor descripción de ella la dio Claudio Arrau, quien la conoció de niño: “Era una diosa”.

La familia siempre influye, así que debemos darle crédito. Cayetano Carreño, su abuelo (1774-1836), era hermano de Simón Rodríguez, otro adelantado que explicó que la educación femenina era fundamental para el desarrollo de los países.

Cayetano, que no compartía apellido con su hermano por un asunto de hijos ilegítimos entregados a la iglesia del que no hablaremos aquí, fue, junto al Padre Sojo, uno de los grandes músicos de la época colonial y el comienzo de la República. Cayetano Carreño fue Teniente organista y Maestro de Capilla de la Catedral de Caracas. Compuso una gran cantidad de música religiosa (lamentaciones, motetes, misereres, oficios de difuntos) y, como ferviente patriota, también la primera canción de los insurrectos contra el rey: "Caraqueños, otra época comienza", cuya letra escribió Andrés Bello. Cayetano Carreño seguía los ideales familiares y republicanos y consideraba que la educación era fundamental para el desarrollo de los pueblos, por tanto creó una Escuela de Música.

Sus hijos fueron también músicos y tuvieron una actividad destacada en esa y otras varias disciplinas: José Cayetano, muerto durante la Guerra de Independencia, era cantor y Maestro de Capilla suplente. Juan Bautista, abogado, era organista y compositor. Juan de la Cruz tocaba en la orquesta; Manuel Antonio, que sería el padre de Teresa, era organista, pianista y compositor, entre otras, de una pieza para piano titulada *La Fleur du Désert*, muy popular en su momento.

Manuel Antonio Carreño (1812-1874) es conocido primordialmente por ser el hijo de Cayetano y el padre de Teresa, además de autor del famosísimo *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras para el uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civildad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales*, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre, libro que tuvo muchísimas ediciones. Este libro no es sólo un manual de cortesías, sino un tratado de civilización. Está dividido en dos partes: deberes morales del hombre, en el que se incluyen los deberes para con Dios, la sociedad (padres, patria) y nosotros mismos, y el manual de urbanidad y

buenas maneras, donde se dan principios generales para el comportamiento, apuntes sobre el aseo y el modo de conducirse dentro de la casa. Carreño tenía bien claro que la urbanidad permite que vivamos de manera civilizada, ya que, según sus propias palabras:

La urbanidad es una emanación de los deberes morales, y como tal, sus prescripciones tienden todas a la conservación del orden y de la buena armonía que deben reinar entre los hombres, y a estrechar los lazos que los unen.

En realidad, tal como lo demuestra Mirla Alcibíades en la biografía que le ha dedicado en esta misma colección, Manuel Antonio Carreño fue un personaje tan interesante como inmerecidamente olvidado. Era matemático, científico, humanista y artista. Tradujo, junto a Manuel María Urbaneja, el *Catecismo razonado, histórico y dogmático* del abate Theriou, así como la *Introducción al método para estudiar la lengua latina* de Burnouf. Siguiendo la tradición familiar de fundar institutos educativos, creó el Colegio Roscio.

Además de su actividad intelectual, Manuel tuvo también una importante figuración pública. Fue Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Manuel Felipe Tovar durante una semana escasa. Luego, Ministro de Hacienda del gobierno de Pedro Gual durante quince días. Su fugaz permanencia en los cargos no se debía a su falta de dotes, sino a la brevedad de los gobiernos. Fue también Administrador del Banco de Venezuela, ya que era tenido por un hábil experto en asuntos financieros. A pesar de esto, no pudo tener la vida pública que se merecía y que hubiera deseado. En realidad, si su nombre suena en nuestros días como sinónimo del *Manual de Urbanidad*, resulta necesario advertir que ésta fue una obra importante, pero no la mayor entre aquellas que acometió. Sin embargo, El *Manual de Carreño* fue considerado tan esencial para la causa de la educación que los Ministerios de Instrucción Pública de Venezuela, España y Puerto Rico lo adoptaron como libro de texto oficial. Tuvo muchísimas ediciones y aún aho-

ra, ciento cincuenta años después de su publicación en 1853, se sigue editando, aunque dudo que leyéndose.

A pesar de la imagen de estricto e inflexible juez del comportamiento y de pétreo guardián de las buenas costumbres que dan de él los que no han leído su muy ameno libro, Manuel Antonio Carreño era un señor encantador, que trataba de hacer que todos se sintieran cómodos. El escritor Enrique Bernardo Núñez dice que Manuel Antonio no cumplía con los preceptos de urbanidad que pregonaba, porque era un desfachatado que se sentaba a la mesa en mangas de camisa. Esa información, sin embargo, sólo le agrega encanto al personaje.

La madre de Teresa, Clorinda García de Sena y Toro, estaba emparentada con Francisco Rodríguez del Toro, el famoso Marqués del Toro de la Conspiración de los Mantuanos, y también con María Teresa del Toro, esposa de Simón Bolívar.

En las fotos, los padres de Teresa parecen muy distintos. Manuel Antonio tiene una mirada penetrante y una cara agradable. Parece un señor guapo e inteligente. Clorinda, en cambio, ataviada con un vestido sin gracia y abrochado hasta el cuello, con un pelo muy tirante que termina en unos prietos tirabuzones, tiene cara de temible severidad. Sus ojos lucen muy hundidos y tristes y sus labios estrechos están apretados. Se dice que sólo permitía que sus hijos la saludaran besándole la mano, y, por su foto, más bien extraña que les permitiera tal familiaridad.

De estos ancestros nace Teresa Carreño, a la que nombran María Teresa Gertrudis de Jesús, en Caracas, el 22 de diciembre de 1853. Su partida de bautismo indica que recibió ese sacramento el 16 de febrero de 1854 y que sus padrinos fueron su tío el músico, Juan de la Cruz Carreño Muñoz, y Emilia, su hermana mayor.

No conoció a su abuelo ni a su tío abuelo, de manera que la influencia no le llegó de primera mano; sin embargo salió inteligente, musical, arrojada y tan elegante como su tío abuelo, el marqués.

Tuvo tres hermanos, María Emilia Gertrudis de Jesús, nacida en 1841 y con la que tuvo muy poco trato por la diferencia de edad. En 1842

nació una niña, a la que llamaron María Teresa Gertrudis de Jesús, que murió tres años después. Siguiendo una costumbre usual y muy arraigada de aquellos años, le pusieron a la siguiente niña, nuestra biografiada, el nombre de la fallecida. Luego nació, en 1856, Manuel Antonio Alejo Ramón del Carmen, su hermanito menor, con el que compartió los juegos de infancia, la vida en el exterior y que luego fue su agente.

Los distintos autores y biógrafos han hecho hincapié en la precocidad de Teresa. A tal respecto, y según Cecilio Acosta, Manuel Antonio Carreño le confió lo siguiente:

Ahora que no puede atribuirse a ceguera paterna puedo revelar mi conciencia, y contar de mi hija varias cosas que parecen increíbles. Mi niña, en efecto, cuando aún se alimentaba a los pechos seguía siempre con la cabeza al compás de la música; jamás se dormía en la casa mientras se tocase en la sala; y cuando apenas podía mover con alguna libertad los dedos, ponía en el piano composiciones que oía, y preludiaba pensamientos sencillos pero originales que eran un asombro para los que la oían sin conocerla, y un augurio para los que sospechaban sus talentos.

Israel Peña dice que desde que era un bebé, Teresa escuchaba con atención cuando se tocaba el piano; Rafael Pombo afirma que a los cuatro meses movía la cabeza al compás de la música. Otros, que comenzó a hablar y cantar al mismo tiempo, así como a caminar y bailar con buen ritmo. El estudioso Andrés Silva dice que a los dos años tarareaba, sin palabras, “pero con admirable entonación y corrección”, arias de ópera italiana.

En una entrevista que le hace William Armstrong para el *Musical Courier* en 1917, Teresa afirma:

Cuando yo tenía tres años y medio toda la gente relacionada con el ambiente musical de Caracas, donde nosotros vivíamos, solía frecuentar nuestra casa. Los grandes artistas que llegaban a Venezuela pedían cartas para visitar la casa de mi padre; su posición como ministro les brindaba también una especie de presentación. Mi hermana mayor

tocaba el piano maravillosamente, así que en este sentido, nuestra casa era un centro de encuentros y veladas musicales.

Al cumplir tres años de vida, su padre comienza a darle clases. Según Ramón de la Plaza, sin embargo, fue su madre, Clorinda García de Sena y Toro, la que le dio las primeras lecciones de piano, como correspondía a la época.

Andrés Silva dice que “a los cuatro años tocaba con la mano derecha y luego se acompañaba con la izquierda, sin instrucción de nadie, diferentes piezas de baile que oía tocar a otros; y era asombrosa la propiedad de ese acompañamiento, en que nada faltaba a la armonía, en relación con la melodía”.

Las fechas no siempre concuerdan, sin embargo, con los recuerdos que conservaba la pianista. La propia Teresa Carreño cuenta en una entrevista cómo fue su educación:

El hecho de que hubiese comenzado desde muy temprana edad mis estudios, fue una gran ventaja para mí. La voz del piano me atraía y ya desde los tres años intentaba arrancarle sonidos al instrumento. A la edad de seis y medio comencé a estudiarlo seriamente, de tal manera que a los nueve ya tocaba piezas tales como la Balada en la bemol de Chopin. Me fue por otra parte sumamente provechoso el haber tenido en mi padre un maestro ideal. Habiendo él observado cómo me gustaba el piano, decidió enseñarme sin pérdida de tiempo. Era él un apasionado amante de la música y es indudable que, de no haberse encaminado por bien de su patria hacia la política, habría llegado a ser un gran músico. Desarrolló un maravilloso sistema de enseñanza pianística, y la labor que conmigo realizó la aplico yo ahora a mis discípulos. Una parte de la formación (...) consistió en la autocrítica. Yo aprendí a escuchar, aprendí a criticar, a evaluar mi propio trabajo. Yo misma tenía que encontrar mis errores y corregirlos. Esta actividad contribuyó mucho a mis futuros éxitos.

A los cinco años compone la que se considera su primera pieza, y ya interpreta el piano con soltura. Brian Mann, por su parte, afirma que a los siete años aprendió perfectamente la *Fantasía sobre Norma* de Thal-

berg en cinco días. En 1861, una Banda Militar ejecuta una polka que se supone fue compuesta por ella (*el programa dice: Polka compuesta por una niña caraqueña de 7 años de edad, dedicada por ella al Ciudadano Esclarecido [José Antonio Páez] y ejecutada por la Banda del Batallón*). Juan Bautista Plaza dice que el nombre de la niña no consta en el escrito, pero ya que no había otra niña de siete años con estas aptitudes, sólo se puede concluir que la polka era de su autoría.

Manuel Antonio Carreño, al ver el talento de su pequeña, decide organizar cuidadosamente su entrenamiento musical y escribe quinientos ejercicios para piano. Años después, viviendo en París, Manuel Antonio tratará de publicar su método como un libro llamado *Curso Completo de Ejercicios diarios para piano*. En este método, según Gerardo Rosales Pulido, Manuel Antonio desarrolla “una filosofía de la matemática aplicada al mecanismo de la interpretación pianística”. Lo que parecen adaptaciones de Estudios de Czerny y Bertini, Invenciones y Preludios de Bach y Fantasías de Thalberg, son algo más complejo:

Los razonamientos utilizados por Manuel Antonio Carreño en el desarrollo de metodología pianística elaboran un código personal de enseñanza que son imagen perfecta de su madurez de pensamiento y de su preocupación por facilitar al alumno la solución de problemas complejos, relacionados con el contenido matemático de los valores musicales presentados de forma sencilla, detallada, ordenada y sustentada.

David Coifman afirma que los ejercicios contienen pasajes, de distinto grado de dificultad, de obras pianísticas de grandes compositores. Algunos de ellos fueron escritos para una sola mano, pero Carreño los adaptaba para las dos manos, de manera de balancear el ejercicio. Además se exigían otras modalidades “tales como transportarlos a diferentes tonalidades con toda variedad de toques-ligado, stacatto, entre otros”.

Hago hincapié en los 500 Ejercicios de Manuel Antonio Carreño porque no sobreviven referencias a que Teresa hubiese recibido algún tipo de educación formal o que haya ido al colegio, con excepción a una

breve mención a ello durante su estadía en Nueva York. Sin embargo, a lo largo de toda su vida demostró una disciplina intelectual en el estudio y las prácticas que debió serle inculcada por el método de su padre.

Cuando Manuel Antonio siente que no puede enseñarle más contraataca al pianista alemán Julio Hohené (otra veces lo llaman Hohenus) para que le dé clase. Éste la pone en contacto con la obra de Mendelssohn, Chopin, Czerny, Bertini y Bach.

A los siete años, Teresa Carreño no es solamente una avezada intérprete, sino también compositora. Andrés Silva dice que “tenía su pequeño repertorio de valses y danzas, más algunas inspiraciones de carácter serio y contemplativo”.

Aunque no solía tocar sino en reuniones familiares, la fama de la pequeña Teresa aumenta en Caracas, sobre todo después de que Cecilio Acosta escribe un artículo titulado “María Teresa Carreño”, alabando sus dotes. En éste se anuncian los prodigios que habrán de reseñar después los críticos estadounidenses:

No se puede pintar con colores apropiados lo que presenciamos como testigos en esas cuatro horas llenas de prodigios de improvisación. Cada uno le daba motivo o un argumento fantástico. Alguno de esos argumentos duró en la ejecución hasta tres cuartos de hora. Era cosa singular verla, después de que se hacía cargo, concebir la obertura y tocarla; y ponerse después a desenvolver sin parar, todo el argumento, con tanta propiedad de expresión, con tanta alteza de conceptos, con tanta armonía imitativa, tan bien dialogado, tan animado en la acción, tan caracterizado en las pasiones, que no parecía sino que había estudiado diez años para admirar un momento (...) No se para, no vacila, se sienta al piano como quien va a reinar y reina en efecto. Es tal el poder de su imaginación que, a las veces como desarrolla el tema que acaba de dársele, y que ella va explicando con las palabras “aquí es tal cosa”, “aquí la otra”, ella misma comprende, anuncia e intercala alguna nueva frase de afecto, de pasión o de diálogo; y ve uno que realmente eso le faltaba para la unidad del pensamiento como de la música. (...) ¿Cómo se pueden adivinar a los nueve años tantas pasiones para pintarlas, tantos fenómenos naturales para contrahacerlos con la música? ¿Quién le ha enseñado a esa niña el silencio de la medianoche con su majestad sombría y religiosa, la furia del mar embravecido, el ruido

siniestro de los combates, el amor conyugal, la ternura materna, el anonadamiento helado del terror? ¿Dónde aprendió a conocer el corazón humano?

En 1862, Manuel Antonio Carreño analiza la situación del país y de la familia. En ese momento, se vivían en Caracas las consecuencias de la revolución de marzo de 1858 que había derrocado al presidente José Tadeo Monagas. Manuel Felipe Tovar, amigo de Carreño, asume la presidencia de la República en 1859, tras la dimisión de Julián Castro, que se mantuvo un año escaso en el poder. En 1860 se realizan elecciones, que ratifican a Tovar en el cargo. En 1861 éste nombra a Manuel Antonio como Ministro de Relaciones Exteriores. Unos días después, Tovar renuncia por la agitación que causan los federalistas y también, a causa de la falta de apoyo del Partido Conservador. Carreño renuncia con él. Toma el poder otro conservador, Pedro Gual, quien a su vez designa a Manuel Antonio como Ministro de Finanzas. Días después, nuevamente se queda sin cargo. José Antonio Páez derroca a Gual y establece un régimen bastante duro con la oposición, por no decir abiertamente autoritario.

En 1862, estando los federalistas en el poder, Carreño que es un profesional y por ende, debe ganarse el sustento, ve que no tiene ninguna posibilidad de trabajar en la Administración Pública. Además, la situación política del país, que ha cambiado de presidente cuatro veces en tres años, luce muy inestable. Pero sobre todo, piensa que el increíble talento de su niña no podrá desarrollarse como es debido en Venezuela, ayuna de escuelas, conciertos, salas de presentación y buenos intérpretes. Un ambiente tan escaso en lo cultural como el venezolano podría impedir que Teresa llegase a ser la excelsa pianista que se avizoraba. Manuel Antonio toma entonces la decisión de marcharse a Estados Unidos.

En la entrevista con Armstrong ya citada, Teresa explica:

Lo que pasaba, y pienso que ahora no es mucho mejor, era que el partido que estaba en el poder era amargamente odiado por sus antagonistas principales; esto simplemente

significa no sólo pasiones políticas, lo cual puede excusarse, porque un hombre puede ser noble y al mismo tiempo sentir pasión por la política, pero aquello se convirtió en una cuestión de intereses personales. Mi pobre padre, estoy feliz de decirlo, pertenecía al grupo de hombres que deseaban el bien para su país; para mí, él no deseaba agrandar su cuenta bancaria.

Bajo las condiciones allí existentes, este tipo de personas es siempre odiado con cordialidad, porque es una fuente de perturbación para otros de inclinaciones no tan honestas. Mi padre era un gran obstáculo en el camino del partido que estaba disputando ascender y que deseaban enriquecerse con el dinero del país. Sus opositores tomaron ventaja, y de manera repentina él fue obligado a emigrar, pensando que la situación duraría sólo unos pocos meses.

Los Carreño irán a Nueva York, pero éste sería el primer paso antes de proseguir a Europa, el lugar adecuado para un talento como el de Teresa.

Una niña venezolana en Nueva York (1862-1866)

Estamos a 23 de julio de 1862, Teresa tiene nueve años y sale de Caracas, a la que no volverá sino a los treinta y dos.

La preparación del viaje fue compleja. Se necesitaba la aprobación de la abuela materna, Gertrudis, que no sólo la otorgó sino que además vendió la hacienda familiar y se embarcó con ellos. Emilia, la hija mayor, no los acompañará porque está por casarse con su primo hermano Manuel Lorenzo Carreño. El tío Juan de la Cruz Carreño, abogado y músico, su esposa y su hija se unen a Manuel Antonio, Clorinda, Teresa y Manuelito, la abuela Gertrudis y los cinco sirvientes que necesitarán en su aventura.

Cecilio Acosta describe así a la Teresa de la época:

La figura de la niña complementa su mérito artístico. Tiene aquella gracia ligera, aquellos movimientos seductores de la belleza de estos climas (...) De pie (...) su actitud es digna y casi altiva; y pasa de repente del juego a la circunspección, como si pudiera separar del todo dos cosas tan opuestas: la niña y el genio. Sus formas son suaves y hermosas; pero, en la cara especialmente, es para notarse el conjunto de líneas ligeramente inclinadas que se cruzan, como para significar así el sexo y el talento. La cara de inflexiones es la cara del pensamiento. Su sonrisa es particular, aunque tenga la boca

llena de ella no la derrama como los necios, sino que la retiene como un hilo de reflexión, puede retirarla a placer y cerrar la boca de nuevo. El dominio sobre la risa es muy significativo de un espíritu elevado. Del pecho al extremo de la cabeza la expresión es singular: se ve elevación, movimiento en la calma, acción en la majestad, conciencia del poder, posesión del imperio; y en el todo, augurio de inmortalidad. Los ojos dan luz inagotable, accesible en sus emanaciones, pero no en su puente: hay misterio en aquella mirada. Su entrecejo se abre cuando está festivo, pero también se cierra con frecuencia, cosa rara en esa edad, como si quisiese con esto desentenderse de una familiaridad que estorba a su pensamiento.

La familia se embarca en La Guaira, de allí van a Puerto Cabello, donde Teresa da algunos conciertos en casas amigas, paran en Santo Domingo y llegan a Nueva York, donde vivirán en la Segunda avenida. En 1862, Estados Unidos estaba en medio de la Guerra Civil, pero dado que las batallas se libraban mucho más al sur, los venezolanos no sentían en absoluto vivir en un país en guerra.

Aquí, Teresa sí está obligada a ir al colegio, pero su actividad más importante son los conciertos preparatorios con los que se quiere dar a conocer el precoz talento de la venezolanita. Manuel Antonio Carreño tiene un plan de acción muy definido, dice Brian Mann, consistente en hacer que Teresa conociera a los músicos estadounidenses y también a los extranjeros famosos que pasaran por la ciudad; además, quiere conseguir reportajes de prensa favorables que lograran que su nombre se fuera haciendo conocido. Hecho lo cual, pretende pautar un concierto privado para presentarla a los músicos, críticos y periodistas. Una vez que lograra hacerla conocer, el objetivo era presentarla en un concierto público.

Manuel Antonio organiza veladas musicales a las que invita a músicos, críticos y periodistas para que escuchen a Teresa. Pronto, aparecen en la prensa artículos donde se da cuenta del prodigo: la niña toca el piano como si fuera una adulta; tiene un talento asombroso; improvisa una ópera mientras va explicándole a los espectadores el

argumento; el contraste entre su alegría de niña apasionada por las muñecas y su seriedad como intérprete resulta encantador.

Ésta, justamente, será una de las características de Teresa. Por un lado, su seriedad para el trabajo pero, al mismo tiempo, su disfrute de la vida y su saber estar en cualquier ocasión. El compositor J. G. Maderer, uno de los invitados a estas reuniones, comenta:

Es muy alegre e infantil, recibió a sus visitantes con gracia y naturalidad perfectas. Primero tocó un nocturno compuesto por ella, después una primorosa composición entrelazando a la vez hasta tres temas diferentes. Luego tocó la Norma con gran espíritu y fuerza, pieza que tenía dificultades como para cuatro manos, con más razón para dos, y siendo las de una niña.

A su vez, un periodista del *Illustrated News* da cuenta de sus impresiones:

En la residencia de su padre la oímos tocar la música más deliciosa compuesta por ella a medida que ejecuta. En una ocasión, ofreció componer una ópera para mí en la que puso de manifiesto enseguida su gran fuerza y su sencillez infantil. Comenzó con una obertura y presentaba como heroína de la obra a una pequeña. Después de una delicada música para la soprano, vino la de un joven que la enamora, pero éste no era del agrado del padre. Luego la enamora otro joven y es rechazado por la niña. Ambos jóvenes se encuentran, y como ninguno puede casarse con ella, resuelven matarla. Llegan ante la niña que está horriblemente asustada, y que al verse frente a la muerte comienza a hacer una oración que nos parece uno de los trozos musicales de mayor sentimiento que hemos oído; vigoroso y original. El padre de la heroína llega a tiempo para evitar el asesinato. Al llegar a este punto, Teresita quedó perpleja, sin saber qué hacer con sus personajes. De pronto se iluminó su rostro con una idea feliz, y le dijo a su padre: "¡Ay, ya sé, papá! Creo que lo mejor es que la niñita se fuera con su mamá". Enseguida bajó del taburete y, tomando una gran muñeca con que la habían obsequiado en uno de sus conciertos, comenzó a apretarla para que llorara, y gritaba jubilosa al oírla.

Por esos días aparece Simón Camacho, amigo de la familia, periodista, escritor y diplomático venezolano que se desempeñaba en el momento como cónsul de Venezuela en Nueva York, pero seguía escribiendo para distintos periódicos de la ciudad. Camacho era nieto de María Antonia Bolívar, por tanto estaba emparentado con Teresa Carreño. Supongo que el interés que se tomó por promover la carrera de la niña no se debía sólo al parentesco, sino a que fue un dedicado diplomático empeñado en hacer conocer a Venezuela en Estados Unidos. Él consigue que Louis Moreau Gottschalk la escuche. Éste, aunque no era bien considerado como compositor por los músicos más académicos, era reputado como el virtuoso del piano en la época, y su fama era equivalente a la de una estrella de cine en estos momentos. En las revistas se hablaba de su aspecto de dandy, y sus romances y aventuras eran del dominio público. Pero este lado vano no impedía que fuera un buen compositor. Fue de los primeros que utilizó los ritmos criollos de Nueva Orleans, del Caribe y de la música negra. Era también un excelente intérprete que amaba la música, cuya influencia era importantísima en el medio musical y que podría ser un padrino extraordinario para los inicios de Teresa en los conciertos públicos.

El propio Simón Camacho escribe un artículo donde habla del encuentro entre Teresa y Gottschalk:

Aquella escena tenía algo de conmovedora; se oían los latidos del corazón de una madre; el rostro severo de un padre había cambiado con la expresión de la agonía de la incertidumbre (...) A los pocos momentos Gottschalk, el rey del piano, llevaba con la cabeza el compás de una brillante fantasía de Thalberg tocada por Teresa Carreño (...) Un segundo más y la palabra ¡bravo! se escapó de los labios de Gottschalk.

Gottschalk, entusiasmado con Teresa, ayuda en la preparación de su concierto público. Además le da algunas clases de interpretación, unos dicen que no más de ocho, otros que muchas más. Pocas o muchas, estas lecciones resultaron, a la larga, de importancia primordial para la técnica de la niña.

Ya en estos momentos lo que estaba en juego no era solamente la futura carrera de Teresa, sino también la manutención de la familia. El administrador de los bienes de los Carreño muere, y sus herederos usan los poderes concedidos a éste para apropiarse de las propiedades de la familia en Caracas. Los Carreño están en total bancarrota. No hay dinero, ni tampoco manera de ganarlo. La única forma de conseguirlo es hacer que, a sus nueve años, Teresa comience a ganarse su pan y el de las catorce personas que la acompañaban.

Manuel Antonio Carreño, al que Mann cataloga de *manager brillante* de la carrera de su hija, desarrolla una intensa campaña a través de la prensa. Dada la repetición de datos en las distintas publicaciones, podemos concluir que el padre enviaba gacetillas a los periódicos. Una vez que el nombre de Teresa es conocido y que tiene el apoyo de Gottschalk, organizan un recital privado en el Irving Hall el 7 de noviembre de 1862. El empresario, L. F. Harrison, incluye en el contrato una cláusula de exclusividad para futuros conciertos, en los que la pequeña ganaría cincuenta dólares por presentación. El programa incluye: *Souvenirs* por Goria de *Il Trovatore*, *La Grande Fantasie* sobre *Norma* de Thalberg, el *Capriccio* sobre *Hernani* por Prudent, el *Bananier* de Gottschalk y una composición de la propia Teresa: el *vals Gottschalk*. Tiene un éxito asombroso, así que el 25 de noviembre debuta públicamente en el mismo Irving Hall como la niña prodigo del piano. Luego da un concierto en la Music Academy de Brooklyn.

Teresa Carreño, a los nueve años, se convierte en la sensación de la temporada en Nueva York. Debido al éxito ofrece seis conciertos en tres semanas, con aforos de dos mil personas cada vez. El empresario, bastante deshonesto, no paga el último, pero lo más importante es que los deseos de Manuel Antonio se cumplen, y su hija comienza su carrera como pianista profesional en Nueva York, carrera que durará hasta su muerte en 1917.

Consiguen un nuevo empresario, George Danskin, Teresa ofrece veinte conciertos en Boston y no paran de salir comentarios sobre ella en los periódicos. Todos laudatorios, pero algunos también cautos.

John Sullivan Dwight, del *Dwight's Journal of Music* (una de las publicaciones más prestigiosas sobre música de la época) se preocupa por lo que implicaba tan temprana profesionalización:

El peligro está en que su talento se desperdicie por medio de una exhibición prematura en música superficial y de relumbrón. ¿No sería más recomendable dejar las clases de música en segundo plano por uno o dos años y darle tiempo a la cultura general, física y mental? (...) La mente y el carácter deben formarse, refinarse, desarrollarse, hasta que la facilidad maravillosa de la parte técnica de la música aprenda a estar al servicio de los significados más elevados del Arte (...) Es un don valioso, trátenlo con reverencia y cuidado; edúquenlo, guárdenlo, y no dejen que la tentación de un éxito destellante o las ganancias lo consuman antes de llegar a su plenitud.

Después de un concierto con la Sociedad Filarmónica de Boston, se le otorga una medalla. Ella escribe una carta de agradecimiento al director, en la que se muestran algunos de los rasgos que formarán parte de su personalidad aún en la vejez: la amabilidad, su falta de pretensiones y, sobre todo, la necesidad de ser querida y apreciada:

Don Carl Zaerrahn:

Usted me perdonará si no puedo expresarme correctamente de palabra. Cuando usted me entregó aquella linda medalla, la noche del sábado, yo no sabía lo que significaba; creía que era un simple regalo para mí; pero cuando el señor Danskin, mi empresario, me dijo poco después que los amables señores que habían tocado conmigo me la observaron "como un tributo a mi genio", me di cuenta de que todos ustedes son bondadosos para conmigo y me quieren; esto es todo lo que yo deseo, pues me gusta ser querida y que se piense bien de mí y siempre haré lo posible por agradar, puesto que mis queridos papá y mamá me han enseñado siempre a ser buena. Con toda consideración soy, señor, su humilde servidora.

No sabemos si la carta la escribió ella misma o fue ayudada por su padre, en cualquier caso, es difícil no apiadarse de aquella pequeña

que es objeto de tanta atención, presentándose en público con tal desenvoltura, ganando el dinero para mantener a su familia y diciendo que lo único que desea en la vida es que la quieran y agradar a los demás. A la larga, en esos días de inicio, tenemos el resumen de lo que será su vida entera: tocar el piano maravillosamente, estar en el centro de atención de la gente, trabajar por dinero y hacer lo posible por ser querida.

En entrevistas que le hacen en su madurez, recuerda con agradecimiento sus primeros conciertos como profesional:

Cuando niña, tuve suerte de tener como consejeros a músicos célebres. En uno de mis primeros recitales en Nueva York tuve el honor de tener a Theodore Thomss como primer violinista y aún recuerdo su inclinación natural hacia la música seria, contrastando esto con el gusto por la música popular de aquella época.

A partir de entonces siguen conciertos en Providence, Cambridge, New Haven, Salem y vuelta a Boston.

Estamos ya en 1863, tiene diez años y su vida profesional prosigue. Imprimen el *Vals Gottschalk*, con lo cual pasa a ser una compositora reconocida. En un año se agotan tres ediciones. En la portada de la partitura, donde se informa que es “The child pianist” y se incluye su fecha de nacimiento y una firma muy segura para una pequeña, incluyen una foto de Teresa que poco se corresponde con las descripciones de la época. Allí se ve una niña muy triste y seria, con el codo apoyado en un piano y en la mano una rosa, luciendo las medallas que le habían regalado como homenaje los músicos de la Sociedad Filarmónica de Boston. Esta foto fue tomada en Nueva York en 1864; hay otra de ese mismo año, en Cincinnati, en que sólo se ve su pequeña cara, con el ceño un tanto fruncido. Hay otras dos del año anterior: una de La Habana, en la que se ve cansada y lánguida; otra de Boston, donde trata de sonreír sin mucho éxito. Es curioso comparar la tristísima niña de las fotos con sus propias remembranzas y los escritos de los que la vieron tocar. Todos comentan que era una niña encantadora

y alegre, y aunque ella misma no guardara malos recuerdos de esa época, las imágenes son desoladoras.

Ese año va a Cuba en una gira de conciertos. En *El Siglo de La Habana* se publica una carta abierta de Gottschalk dirigida al público cubano, en la que presenta a Teresa:

El número de los niños-prodigios musicales se ha multiplicado de tal manera de algunos años a acá, que si todos hubieran correspondido a lo que prometían en la aurora de su carrera las medianías musicales habrían llegado a ser una especie de fenómenos dignos de figurar al lado de los bocanadas de dos cabezas y de esas focas que dicen "papá" y "mamá". Al ver esas pobres criaturas agotadas, víctimas la mayor parte de la avidez de los especuladores, experimento un sentimiento de compasión y de repugnancia. Como frutas exóticas que cultivadas por medios artificiales alcanzan una madurez ficticia, presentan a la vista toda la apariencia de una vegetación normal; pero probad el fruto, y la falta de sabor, la insipidez de la pulpa vegetal os harán ver que no son más que un aborto que se secará sin llegar jamás a la madurez perfecta.

Afortunadamente, Teresita Carreño no pertenece al género de los pequeños prodigios que venimos juzgando hace veinticinco años. Teresita es un genio, digámoslo de una vez. No tiene más que nueve años; es una verdadera niña y es encantadora, llena de esa gracia indolente y a la vez risueña de su edad. Con respecto a ella no hay que abrigar temor alguno; nada parecido a lástima inspira. Al oírla, se ve, se siente, que Teresa toca el piano como canta el pájaro, como abre la flor su capullo.

Nació música; tiene el instinto de lo bello; lo adivina. Sus composiciones denotan una sensibilidad, una gracia y un arte tales como los que aparecen ser el privilegio exclusivo del trabajo y la madurez de la edad. Sin duda que ellos no son sino ensayos, ciertamente que el músico celoso y severo que intentara analizarlo, descubriría en ella la inexperiencia; pero el juez inteligente e imparcial no dejará de ver en las mismas la prenda irrecusable de lo que le promete el porvenir. Teresa Carreño toca ya con un sentimiento arrebatador, y su ejecución, a despecho de sus diminutas y delicadas manos, es limpia y brillante. Yo no le he dado aún más que seis u ocho lecciones, y sin embargo le han bastado para vencer obstáculos que para otros hubieran sido barreras insuperables. Ella pertenece a la clase de los privilegiados de la Providencia y no abriga la más leve duda de que será una de las más grandes artistas de nuestra época.

La Habana, tan galante y liberal cuando se trata del verdadero mérito, no dejará de hacerla su ídolo.

Además, le escribe a su amigo Nicolás Ruiz de Espadero, el gran pianista cubano, pidiéndole que por favor la alabe en la prensa:

Es un genio. He podido darle cinco o seis lecciones solamente. Y aunque nunca tuvo un maestro que supiera nada (esto entre nosotros), ya realiza mil milagros. Deseo que hagas lo que puedas por ayudarla. Es una pequeña adorable, encantadora. Comprende todo lo bueno. Su padre es un perfecto caballero, distinguido, honorable y de buena familia. La niña tiene unas manos diminutas y, no obstante, (debes tener en cuenta que nunca oyó nada en Caracas), hace cosas extraordinarias; tiene buenas ideas musicales, y compone bien por instinto.

Teresa se presenta en La Habana y Matanzas. Compone un *Saludo a Cuba* y un *Impromptu* dedicado a Espadero, y según Brian Mann, para finalizar el concierto improvisa una “ópera, cuyo argumento iba explicando, argumento compuesto por ella misma (...) una ópera llena de filosofía, rica en melodías originales, con sus andantes, sus allegros, sus arias y dúos apasionados, sus tercetos en que figuraba un barítono celoso, como todos los barítonos, sus concertantes finales”.

Como se verá, en todas las presentaciones de la época Teresa finalizaba con una ópera improvisada. No sabemos si efectivamente en cada ocasión creaba una historia distinta o era la misma en todas.

A su regreso a Nueva York, la familia debe organizarse. La pequeña Teresa no puede mantener a tantos familiares, así que la abuela y la familia de su tío vuelven a Venezuela. Manuel Antonio comienza a dar clases de piano y Teresa, al menos así lo suponemos, va al colegio.

Por esos días, el diario *El Corregidor* de Boston manda a traducir y publicar unas máximas, al parecer escritas por Teresa, para otros niños. Sería interesante comparar las máximas de Teresita con el *Manual de Urbanidad* de su padre:

1. *Aprende para que puedas enseñar.*
2. *No seas mala para que puedas ser querida por lo demás.*
3. *Ten compasión del malo y trata de no ser como él.*
4. *No pueden ser buenos los niños que no respetan a sus padres y además son considerados mal educados. Los niños deben tener esto siempre presente.*
5. *Dios dice que él no ama a los tercos ni a los que dicen mentiras. Por tanto los niños deben ser buenos y vivir con Dios, quien es nuestra Divina providencia.*
6. *Los niños deben ser siempre buenos y dóciles, y nunca esperar que les digan las cosas más de una vez. Entonces, ¡cómo los querrán!*
7. *Evita la envidia.*
8. *Los niños deben imitar siempre el buen ejemplo.*
9. *Dios manda que protejamos a los ancianos cuando estén necesitados.*
10. *Nunca te pongas bravo, aunque tengas motivos para estarlo.*
11. *El temor de Dios debe ser norma de nuestra vida.*

Por aquellos días, Teresita es invitada por el presidente Abraham Lincoln a dar un concierto privado en la Casa Blanca. Manuel Antonio comprende la magnitud del honor, pero Teresa sigue siendo una pequeña. Llega, conoce a la familia del presidente, jueguea con el piano y se queja de que está desafinado. Luego se sienta y toca más seriamente durante un rato, hasta que anuncia que no puede hacer nada en un piano tan malo y que prefiere irse a su casa. Antes, sin embargo, toca la pieza preferida de Lincoln, a la que agrega tal cantidad de improvisaciones, su juego favorito, que termina divirtiéndose y dando un largo concierto.

A partir de este hecho, la familia concluye que la vida que lleva no es la adecuada para una niña. Cuenta Martha Milinoswski, quien fuera su discípula, amiga y primera biógrafa:

El exceso de trasnochos, comidas irregulares y deberes de sociedad, comenzaba a hacerse visible en el padre y en la hija. El ritmo de vida había sido forzado más allá de los límites naturales y ya se notaban en Teresita los síntomas de su mal efecto. Se había vuelto desobediente, exigente y su trato en general se hizo difícil.

Gottschalk, en una carta suya, habla de los peligros que acechan a los niños prodigo que desaparecen del mundo artístico después de un brillo fugaz. Él considera que los pequeños se desgastan, usados por padres impacientes que no comprenden que “el desarrollo físico es absolutamente necesario para completar el desarrollo mental”. La familia Carreño compartía esta opinión, toma medidas y le da un descanso a la niña.

Aunque muchos se preocuparon por el hecho de que tuviera tanto trabajo a tan corta edad, Teresa Carreño habla de aquellos años con desenvoltura. En una entrevista que se le hiciera en 1917 en el *Musical Courier* de Nueva York, afirmaba:

No entiendo por qué me llamaban niña prodigo, y por lo mismo no entiendo por qué se me ha de llamar mujer maravillosa. (...) Cuando yo era niña se me cuidó mucho, constantemente, tanto mi salud como mi desarrollo físico. Por eso pude seguir adelante con mi talento, al desarrollarse mis poderes a plenitud.

Desde que comenzó a ser nombrada en la prensa, sus padres le organizaron un Cuaderno de recortes en el que se incluían todas las notas publicadas sobre sus presentaciones. Durante 1864 y 1865 no da conciertos públicos. Mann sugiere que se dedica a estudiar piano, inglés y francés.

Tal como había planeado, Manuel Antonio Carreño emprende un nuevo cambio. Esta vez irán a Europa, lugar donde su hija no será solamente la sensación de la temporada, sino que tendrá la posibilidad de formarse más seriamente como pianista al estar más cerca de la verdadera vida cultural mundial.

Teresa, ya de trece años, embarca para Europa.

Una joven venezolana en París y Londres (1866-1872)

El 7 de abril de 1866 zarpan rumbo a Inglaterra. La travesía fue tan accidentada que incluyó el choque del barco con un banco de arena, una caldera agrietada, el verse obligados a hacer el resto del viaje a vela, tormentas, el timón roto, la pérdida de la ruta y un rescate desesperado. El barco que los recogió también tuvo problemas con la máquina y hubo de continuar a vela, con el consiguiente retraso. Cuando llegaron a Liverpool la comida llevaba escaseando días y el estado general de los pasajeros era de desesperación. La aventura fue tan poco común que incluso fue reseñada en los periódicos. En Liverpool descansan del susto y de allí siguen a París.

En aquel momento, Francia vivía el esplendor un tanto frívolo y cursi del Segundo Imperio bajo el reinado de Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte. Ya no se estaba en la época de la terrible dictadura, llamada el Imperio Autoritario, sino en la del Imperio Liberal.

En París, los Carreño comienzan nuevamente la ronda de presentación a los músicos destacados del momento. Monsieur Erard, propietario de la Sala de Conciertos y la fábrica de pianos que llevan su nombre, se ocupa de ella, la invita a conciertos privados en su casa y luego a una presentación al público en la sala Erard. En estos conciertos se

da a conocer en el medio musical francés. Brian Mann observa atinadamente que “el brillo extraordinario de Teresa la llevó casi inmediatamente a entrar en contacto con una densa red de famosos compositores, pianistas y otros músicos de la escena parisina”.

Efectivamente, las críticas que recibe Teresa en París son excelentes. Días después de su primer concierto allí, que fue ofrecido el 6 de junio, en la *Gazette Musicale* se publica la siguiente reseña:

Primero interpretó la Sonata en do sostenido menor de Beethoven... En cuanto a las fantasías que luego toca, sería difícil imaginar un tono más poderoso o una articulación más clara. La primera de éstas fue la Fantasía de Liszt sobre Lucia (inada más!); la segunda, sobre Norma, de su propia composición, en la cual el piano es manejado estupendamente; la tercera, sobre el Miserere de Gottschalk.

Conoce a la soprano Adelina Patti y al célebre compositor Giacomo Rossini, quien comienza los trámites para darla a conocer en Londres. Ambos, por cierto, admiraron su voz de mezzosoprano y le dan clases de canto. Cuenta Teresa:

Cuando conocí a Rossini tenía 12 años, pero como era una niña robusta y rozagante, con seguridad parecía mayor. Rossini me vio con una mirada crítica y luego le dijo a mi padre: “Me parece que esta niña puede cantar. Ven acá”, me dijo, sentándose al piano, “déjame oír tu voz”. Me dio algunas recomendaciones sobre cómo respirar y otras cosas, expresó su aprobación, y luego me envió al famoso maestro italiano, Delle Sedie, con quien estudié por un tiempo considerable.

Conoce también a Franz Liszt y ella misma narra el encuentro:

Para alentar a una niña que razonablemente debía sentirse nerviosa y poco inclinada a tocar, él [Liszt] se volteó a mí con una amorosa sonrisa, diciéndome: “Ahora voy a tocar algo para ti, y luego tú puedes tocar algo para mí”. Fue muy cálida la manera en que me lo dijo. Sentado ante el piano, tocó un adagio de una sonata de Beethoven –no puedo recordar cual– pero nunca he olvidado el tono con el cual lo hizo. Yo no estaba lista aún

para admitir en esos días que él posiblemente podía igualar a mi profesor, Gottschalk. Gottschalk era mi ídolo en esos tiempos y yo rechazaba la simple idea que alguien pudiera presumir siquiera de tocar igual de bien como él. Cuando mi turno llegó, determiné que debía hacer de Liszt un conoedor de Gottschalk, por lo que toqué The Last Hope. Puedo decir que fui sabia en lo que hice, porque él no conocía esa música, y si yo hubiera intentado tocar un rondó de Mozart o un adagio de Beethoven, me hubiera expuesto a mí misma a una desalentadora comparación.

Déjame no ser modesta al decirte que, al final de mi ejecución, Liszt, quien estaba parado tras de mí, se acercó y posó sus manos sobre mi cabeza. "Esta niña va a ser una de nosotros", dijo.

Liszt le propone a Manuel Antonio Carreño que lleve a Teresa a Roma, donde él se ocupará de darle clases de piano, pero esta muy apreciable oferta no se da por razones que se desconocen.

Durante sus conciertos en París, Teresa suele interpretar a Thalberg, Gottschalk, Beethoven y sus propias composiciones.

Sigue conociendo gente: Charles Gounod, autor de la ópera *Fausto*, Héctor Berlioz, quien le pregunta si no se pone nerviosa al tocar en público, a lo que responde muy segura de sí misma: "No". Gustave Doré le hace una caricatura, pero ella, al verse con rasgos exagerados la rompe. Era una adolescente que no sabía quién era Doré, pero sí que no quería verse fea en un retrato.

A pesar de sus dotes, Teresa Carreño nunca fue una niña resabida. Un periódico de la época indica que "Teresita no es la clase de prodigo que nos hace aborrecer a sus padres".

Brian Mann hace referencia a las *Memorias de Lillie Moulton*, una estadounidense que vio a Teresa. Ella dice:

Disfrutamos mucho escuchando a una joven pianista de Venezuela llamada Teresa Carreño. Ella es una wunderkind. Su madre dice que tiene nueve años, pero parece de doce o dieciséis. No se puede saber cual es la verdadera edad de una wunderkind. Su interpretación fue maravillosa y su técnica perfecta. Ella sabe de memoria como doscientas piezas, es extremadamente bonita y atractiva y toca siempre que se le pide. Creo que

tiene una gran carrera por delante y ya tiene el gesto de echarse el pelo negro para atrás, como hacen los pianistas. Elle ne manque rien. Uno no puede imaginar que pueda tocar mejor de cómo lo hace, pero ella piensa que todavía no es perfecta.

En el mismo 1866 va a Inglaterra con su padre a dar unos conciertos. Rossini le ha escrito unas elogiosas cartas de recomendación dirigidas al compositor y director Arditi y otra para una profesora de canto, la Sra. Puzzi, donde le pide que la apoye en Londres:

Empiezo por decirle que no acostumbro a recomendar mediocridades. La persona que presento con esta carta, Teresita Carreño (quien está favorecida por la Naturaleza por todos sus dones) es una encantadora pianista, discípula del célebre Gottschalk. Va a Londres acompañada de sus padres, gente muy distinguida, con el propósito de ser oída allí, y, como lo merece, de ser admirada. Teresita necesita un buen apoyo en esa ciudad, y yo le pido el suyo todopoderoso a favor de esta artista ya celebrada, quien a pesar del diluvio de pianistas que cae de todas partes del mundo, ha levantado gran admiración en París. Sea amable con ella, señora Puzzi, y cuente con la amistad de su fiel servidor. G. Rossini.

Vuelve a París y trata de entrar como discípula en el célebre Conservatorio, pero es rechazada por su condición de extranjera y porque estaba demasiado adelantada para lo que podría aprender. Como necesitaba de un maestro de piano, le recomiendan a Georges Mathias, a su vez discípulo de Frederic Chopin. También recibe clases de armonía y contrapunto del Sr. Bazin.

En el mismo 1866, su madre muere de cólera, enfermedad que se había hecho normal en el París de la época. Influida por este hecho, compone piezas acordes: *Marcha Fúnebre*, *Elegías* y *Lamentos*. Hay una foto de Teresa tomada ese año, y todo hace suponer que data después de la muerte de su madre. La niña de trece años parece mucho mayor, viste un traje negro, cerrado hasta el cuello, donde luce una cruz. Como es habitual en sus primeras fotos, se la ve muy triste.

El fallecimiento de Clorinda fue un duro golpe para toda la familia. Ante esto, Manuel Antonio propone un cambio de aires. Manuelito entra en una escuela militar y ellos se van de gira a España, donde Teresa da conciertos en Madrid y Zaragoza. Su programa habitual en esta gira es Aubert, Liszt, Beriot y Osborne, piezas de Chopin, la *Sonata en do sostenido menor* de Beethoven, finalizando con una selección de sus propios valses. Primero se presenta en salones privados. Manuel Antonio prosigue su campaña de prensa y los periódicos publican, tanto la carta de Gottschalk como traducciones de las mejores críticas francesas. El 7 de diciembre se presenta en un concierto público en el Conservatorio de Madrid, y el 17 lo hace en el Teatro de Oriente.

A la vuelta a París, su padre funda una Escuela de Música en la que ella también da clases. Además de éstas, sigue con sus conciertos, tanto en salones como en salas públicas.

Entre los conciertos privados estuvo uno en el salón de la Princesa Mathilde, prima de Napoleón III, mecenas del arte y amiga de Charles Gounod, Théophile Gauthier y Gustave Flaubert. En *L'Entre' Acte* se hace referencia a la presentación de Teresa:

El domingo pasado, en el salón de la Princesa Mathilde, la señorita Teresa Carreño, una joven pianista hispano-americana, logró un éxito entusiasta. Fue presentada por Monsieur Gounod. Resultaría imposible acoplar mayor gracia y delicadeza a tan estupenda precisión, y a una interpretación tan vigorosa.

Gracias a la princesa Mathilde conoce a Monsieur Heugel, editor de música y propietario del periódico *Le Ménestrel*, quien publica sus composiciones: *Polka-Capricho* y el vals *Corbeille de Fleurs*. Martha Milinowski dice que sus primeras composiciones se caracterizaban por todo género de intrincadas dificultades, muy al gusto popular de la época.

Después de uno de sus conciertos en los “salons d’Erard”, la prensa hace referencia a sus dotes como compositora. Según un riguroso estudio realizado por Brian Mann de las actividades de aquellos años:

El martes 7 de mayo, en los salones de exhibición Erard, el mundo oficial parisino de la música reconoció a la joven artista como una verdadera virtuosa, con aplausos entusiastas (...) El entusiasmo se tornó en frenesí luego de que interpretara una balada de su propia autoría y una fantasía particularmente difícil escrita por Liszt para el desespero de sus colegas (...) Ciertamente, este triunfo es definitivo. Pero para realmente apreciar a esta niña maravillosa, uno tiene que escucharla más intimamente, cuando se entrega a la pasión de la juventud, al tocar quizás un concierto de Beethoven, algunos deliciosos valses de Chopin, o encantadoras melodías de danza de su país natal (las cuales ella misma ha reunido y arreglado)– o un Lamento que compuso después de una terrible pérdida familiar, cuya expresión de tristeza hace brotar lágrimas a los ojos de todos.

En 1868, a sus quince años, vuelve a Inglaterra. En Londres, Teresa ofrece un concierto privado para la Princesa de Gales. Según Rafael Hernández, Teresa le escribe a su padre contándole:

No tienes idea, papá, de cómo me trató esta señora; ¡qué amabilidad, qué agasajo! No me parecía al fin que estaba en la corte, sino que estaba en la casa de una amiga mía que me recibía en una visita. Después que me oyó tocar, me llenó de los cumplidos más amables y lisonjeros; y me dijo que muchos y muy grandes eran los elogios que le habían hecho de mí, pero que todo era inmensamente inferior a la realidad.

En ese viaje conoce a Anton Rubinstein, quien le da algunas clases de piano. El volátil temperamento de ambos hace que pelearan y se admiraran en igual medida. Una de las anécdotas más conocidas refiere que Rubinstein le insistía a Teresa que determinado pasaje debía ser interpretado de cierto modo. Ella pensaba lo contrario. Después de mucho discutir, él dice, apuntándose a sí mismo con el índice: “Pues se hace como yo digo porque yo soy Rubinstein”. La muchacha remendó el gesto diciendo: “Pues se hace como lo digo yo, porque yo soy la Carreño”.

Rosario Marciano afirma que la joven Teresa tenía una destreza técnica admirable, memoria asombrosa y musicalidad innata; pero estas dotes estaban adaptadas al gusto de la época y su repertorio constaba,

mayormente, de música de salón; por lo tanto, el contacto con un músico académico como Rubinstein es muy importante, ya que él pertenecía a una escuela estricta.

Por esa época comienza a ser conocida como “La Carreño”. Vuelve a Londres donde se queda en casa de la señora Bishoff, una amiga que tendrá una triste importancia en su vida muy pocos años después.

Ya la estrecha relación con su padre no lo es tanto. Él está muy molesto por el abandono al que Teresa lo somete yéndose sola a Londres, y al cambio del carácter de la joven, que ya tiene dieciocho años. Ella participa en los *Riviere Promenade Concerts* y en los *Monday Popular Concerts*.

En 1870 comienza la guerra franco-prusiana, por lo que Teresa no puede volver a París por un tiempo. En Inglaterra, Teresa se une a las giras de Maurice Strakosch. Éste no era solamente un empresario, sino también profesor y un buen músico de conservatorio. Luego la contrata un muy importante empresario operático victoriano, James Henry Mapleson, conocido como el coronel Mapleson, para sus giras en Inglaterra, Francia, España, Holanda y Bélgica.

Las críticas siguen siendo positivas, aunque siempre hacen constar su asombro ante la fuerza y pasión de la joven, que “abandona todos los precedentes y la tradición y elige sus propios tempos y da una interpretación totalmente nueva y desconocida de la *Sonata en mi bemol de Beethoven*”. Sin embargo, después de un concierto en Escocia, el crítico se siente confundido por “una serie de estrépitos, escalas confusas y acordes (...) su manera de tocar el instrumento es contraria a la que estamos habituados en Edimburgo”.

Otro aspecto que asombra tanto a los críticos como a los colegas es su impresionante memoria, que mantendrá hasta el fin de sus días. Era de rápida memorización, así que en pocos días dominaba una larga y complicada pieza. El no usar partitura en los conciertos se convirtió en uno de sus rasgos característicos.

Mientras, Heugel sigue publicando sus composiciones: *Highland*, *La Fausse Note*, *Berceuse*.

A principios de 1872, Teresa hace la suplencia a una cantante en el papel de la reina en *Les Huguenots* de Giacomo Meyerbeer. Asombra a todos en la compañía aprendiéndose el papel en cuatro días. La experiencia llega a gustarle, pero todavía no toma la decisión de dar el salto completo hacia el canto. Por esa época, el *Athenaeum* publica un comentario donde se destacan tanto sus dotes de excelente pianista de primera fila, como de cantante completa.

En 1872, contratada por Strakosch, Teresa vuelve de gira a los Estados Unidos.

Teresa Carreño-Sauret (1872-1876)

Estamos en 1872 y Teresa se ha convertido en una mujer de diecinueve años. Ya no es la niña prodigo que iba con su padre en las giras, sino una profesional que tiene contrato con el empresario Maurice Strakosch. A partir de septiembre de ese año, emprende una gira por los Estados Unidos –Nueva York, Boston, Charleston, Chicago– y Canadá. En el grupo que se presentará, llamado la Compañía Patti-Mario, están Carlota Patti, hermana de Adelina, Anton Rubinstein y Emile Sauret.

El repertorio de Teresa va cambiando y ahora incluye a Mendelssohn, Liszt y Chopin. Mr. Dwight, el crítico que tanto se había preocupado por su utilización como fenómeno de circo, hace muy buenos comentarios y escribe favorablemente sobre su desarrollo como artista.

En ese momento Teresa comienza a interesarse por Emile Sauret, un violinista francés, delgado y melancólico, la personificación del artista romántico y totalmente el opuesto de la vitalidad de Teresa. A la vuelta a París, le cuenta a su padre sobre el muchacho y éste le contesta, dice Milinowski: “Si sientes lástima por la condición de abandono de ese joven, por favor, cósele los botones, zúrcele los trajes y hasta cómprale la comida, pero no te cases con él”.

Teresa, por supuesto, no le hace caso y en julio de 1873 se anuncia su matrimonio en los diarios. Ella comienza a usar el nombre Teresa Carreño-Sauret.

Éste será el primero de sus cuatro matrimonios con una serie de hombres inconvenientes, de mayor o menor talento, que le dan más problemas que alegrías y que muchas veces tendrá que mantener. Casi todos ellos competirán con ella en el terreno profesional, molestos por su prestigio.

Por el lado musical, su reciente matrimonio le da más ímpetu aún del que solía tener. El *Musical Times* de la época afirma:

El Rondó en si menor de Mendelssohn fue atacado tempestuosamente con una brillantez de ejecución y una energía por Mme. Carreño-Sauret que agradaron más al público grueso que a los pocos entendidos.

El 23 de marzo de 1874 nace su primera hija, Emilita. Poco después muere Manuel Antonio Carreño. El hombre de varios talentos que no pudo desarrollar a plenitud, muere solo y bastante frustrado de una vida que no fue lo que pensó queería.

El diario *Le Menestrel* publica un obituario donde se enumeran sus muchas virtudes:

El pasado domingo se celebró el servicio fúnebre de un exministro de Finanzas de Venezuela, quien debido a desgracias políticas llegó a ser uno de nuestros mejores profesores de piano, y muy notoriamente de su hija Teresa Carreño. Manuel Antonio Carreño, quien estudió con pasión la música en sus buenos tiempos, llamó en su ayuda a su arte favorito como un consuelo contra la desgracia. Más aún, siendo un hombre de ciencia y números, adaptó el mecanismo del piano al arte de las matemáticas y, siguiendo su método, hizo de su joven hija una de las más grandes artistas de los tiempos modernos. Le enseñó también armonía como él había aprendido, por medio del estudio reflexivo de la buena música.

En 1875 una muy triste Teresa emprende una nueva gira a los Estados Unidos, esta vez con la compañía de la prima donna Ilma di Mur-

ska, también organizada por Strakosch. Ante el viaje Teresa comienza a tener los problemas prácticos de todas las madres profesionales: ¿dónde y con quién dejar a los niños? Un viaje intercontinental, seguido de una gira por varias ciudades, a veces en desagradables hoteles y con comidas a deshora llevando una bebé de meses era casi imposible, tanto para la madre trabajadora que necesitaba ganarse el pan como para la bebé, que estaría sometida a un desajuste terrible. El problema lo ayuda a resolver su amiga, la Sra. Bishoff, quien se ofrece a ocuparse de Emilita durante el tiempo necesario.

Durante esta gira Teresa no sólo toca el piano sino también canta. Cada vez que necesitan una suplente para las cantantes, Teresa sale al escenario. Carreño y Sauret no sólo interpretaban por separado, sino también juntos. La rivalidad entre ellos comienza a notarse en los conciertos, en los que ella era más aplaudida y recibía mejores críticas que él. Así cuenta Milinowski uno de los episodios:

Emile, al parecer, estaba molesto, quizás con su esposa, lo que sucedía ahora con más frecuencia. Con intención o no, desde la primera nota del dúo comenzó su pie un insistente golpeteo; Teresa, molesta por aquella implícita censura a su ritmo, contestaba con notas que, por su acento de creciente disgusto, podrían ser como una amonestación. Tap, tap, seguía el pie. Teresa se sentía estallar; trataba de tocar fortíssimo para ahogar con ello el sonido de aquel malhadado metrónomo. Sauret continuaba golpeando mientras tocaba. (...) Hubo de pronto un estrépito. Una andanada en furioso francés fue subiendo de punto (...) Allí estaba Teresa de pie, como una furia vengadora; los ojos relampagueantes y lanzando una avalancha de adjetivos sobre su marido. "Soy suficientemente artista para medir sin tu ayuda", gritaba al abandonar la sala. El carácter de Sauret estalló de manera más destructiva. En el piso, donde lo había tirado con rabia, dejó el magnífico violín roto irreparablemente.

Aunque no me atrevo a discrepar de biógrafa tan acuciosa, la verdad es que dudo que alguien tan dedicada a su profesión diera escándalos públicos en medio de un concierto, pero lo que queda claro es que el matrimonio afrontaba serios problemas.

La gira llega a su fin y Teresa descubre que está embarazada. Sauret no está nada alegre con la perspectiva de otro bebé. La pareja decide permanecer en Nueva York hasta el nacimiento de su segundo hijo. Un día, Sauret la sorprende diciéndole, simplemente: "Me voy". Teresa, orgullosa, divide en dos partes iguales el dinero que tienen, unos setenta dólares. Él acepta su parte y la deja sola, sin dinero y embarazada. Pocos días después, ella pierde al bebé.

En una carta sin fecha, dirigida a su amiga Marie Lipsius, Teresa le escribe:

Después de mi matrimonio con Sauret, nuestra situación era tal que tuve que dejar de lado mi carrera como cantante por un tiempo, ya que tenía que proveer por los dos y lo podía hacer mejor como pianista. Sauret era totalmente desconocido en aquella época y no ganaba ningún dinero, así que me tocaba a mí tomar las previsiones para mi familia. Además, yo también tenía que ocuparme de mantener a sus padres (...) Cuando Sauret me dejó en 1877, yo tuve que dejar de cantar nuevamente, para ganarme la vida y alimentar a mi bebé.

Mientras Teresa se recupera de la pérdida, su amiga, la Sra. Bischoff, de excelente posición económica, le propone adoptar a Emilita, ocuparse de educarla bien y hacerla heredera de la fortuna familiar. La única condición era que Teresa no la viera nunca más. Ella se niega, pero al analizar sus problemas económicos, su condición de mujer abandonada y su vida nómada y solitaria, piensa que Emilita estará mejor en un ambiente más estable y acepta. Teresa lamentará toda la vida esta decisión.

Muy decaída por los acontecimientos de los últimos años se va a Boston; allí comenzará una nueva vida, otra vez.

Teresa Carreño-Tagliapietra (1876-1885)

Estamos en 1876 y en Estados Unidos acaba de ganar las elecciones Rutherford Birchard Hayes, un republicano que intentará calmar las diferencias que persisten entre los estados del sur y del norte años después de la Guerra de Secesión. A los veintitrés años, recién separada, meses después de entregar a su hija en adopción y de sufrir la pérdida de un embarazo, Teresa Carreño llega a Boston en busca de trabajo.

Allí, su amiga, la soprano Erminie Rudersdorff, una excelente cantante operática, la contrata como acompañante de piano y voz para sus clases de canto y sus presentaciones. Además de ser la pianista en los conciertos de Mme. Rudersdorff, da los suyos propios cuando consigue algún contrato.

La posibilidad de cambiar de vida y de rama profesional le parece una interesante manera de comenzar de nuevo. Ayudada por la gran cantante, Teresa se prepara para el papel de Zerlina en *Don Giovanni* de Mozart. El *Daily Tribune* de Nueva York opina al respecto:

La debutante de la noche, Mme. Carreño-Sauret, en el papel de Zerlina, fue calurosamente ovacionada por el auditorio y produjo una agradable impresión. Su voz revela un

cuidadoso estudio y método excelente. En el segundo acto parecía más segura, y cantó el solo de manera exitosa.

La foto que se conserva de Teresa Carreño vestida para el rol de Zerlina muestra un cambio. Ya no es la joven de aspecto triste, sino una hermosa mujer, con una sonrisa parecida a la de la Gioconda que mira fijamente a la cámara con una expresión entre pícara y enigmática.

A pesar de su cierto éxito como cantante, Teresa decide dedicarse exclusivamente al piano, donde sus dotes son extraordinarias. En el piano es “la Carreño”, en la ópera será otra buena cantante. Gracias a la ópera, sin embargo, conoce al que será su segundo esposo, Giovanni Tagliapietra, al que llamaba Tag.

Teresa Carreño decide volver al circuito de conciertos. En ese momento la compañía Weber la contrata para que represente sus pianos. Este convenio, que duró catorce años, implicaba proporcionarle un piano a Teresa y que ésta habría de incluir en toda la publicidad relativa a sus conciertos, la referencia a la marca comercial.

Aunque se siente muy bien en Boston, Nueva York era la ciudad para trabajar. Allí vuelve Teresa. En la ciudad hace amistad con la familia MacDowell y da algunas clases de piano a su joven hijo, Edward. Este joven no sólo será el hijo de una familia amiga y su alumno, sino también su protegido. Edward MacDowell se convertirá, años después, en un importante compositor. Buena parte de su renombre vendrá de que Teresa Carreño pasa años incluyendo sus composiciones en todos los conciertos en los que participa, lo que contribuye a su popularidad y reconocimiento.

Por esos días, su romance con Giovanni Tagliapietra, barítono, guapo, encantador, apasionado, temperamental, botarate, contador de historias extraordinarias, enamoradizo y jugador, se enseria. Teresa todavía no se ha divorciado de Sauret, y además no está interesada en los vínculos legales, así que se mudan juntos y forman un matrimonio consensual.

Aunque los matrimonios de este tipo, en los que sólo bastaba la voluntad de los contrayentes para considerarse casados, eran legales en la ciudad de Nueva York, podemos suponer que no eran vistos sin un poco de escándalo. Una de las cosas extraordinarias de Teresa Carreño es que los convencionalismos y el qué dirán la tenían sin cuidado. En sus cálculos nunca entraba lo adecuado o el *comme il faut* ni en asuntos sociales ni religiosos. Según Martha Milinowski:

No era irreligiosa, aunque hacía años que no entraba a una iglesia, a menos que fuera para admirar su arquitectura. Medio fatalista, medio pagana, adoraba a un Dios que reconocía como el que todo lo dirige y como padre ineludible. No estaba libre de supersticiones, por ejemplo, pensaba que era una buena precaución hacer un signo contra el mal de ojo al acercarse un sacerdote.

Durante 1877, una muy enamorada Teresa se dedica con pasión a ser ama de casa y a dar pocos conciertos, uno de ellos con la *New York Philharmonic Orchestra*. Comienza a cambiar su repertorio e incluye nuevas piezas de Beethoven y Mendelssohn. Mr. Dwight apunta:

La bella pianista, cuyo rostro y ademanes tenían antes una impresión de impaciencia y casi de disgusto cuando se la llamaba repetidas veces luego de ejecutar piezas de relumbrón para virtuosos (Gottschalk), se sentía ahora evidentemente a gusto y feliz con la buena música (Variaciones Kreutzer).

El 1 de marzo de 1878 nace su hija Lulú. A finales de año vuelve a las giras. También comienzan sus problemas matrimoniales: ella es organizada y metódica, él, en cambio, es jugador e irresponsable. Teresa vive una época de múltiples preocupaciones: no se concentra en sus estudios ni en sus clases, su repertorio no la satisface, ya que lo considera para un gusto musical poco elevado. Se da cuenta que de esta manera seguirá siendo una intérprete popular, pero posiblemente no reconocida con el paso del tiempo. En la época, los conciertos en los

que participaba Teresa incluían una gran parte de música popular y alguna pieza clásica. Dice Martha Milinowski que:

Eran anunciados como amusements (entretenimientos) igual que los circos y las luchas y eran juzgados más por la apariencia del artista, por sus modales, y por los accidentes de la actuación que por la calidad de la música.

Por si fuera poco, las condiciones no eran agradables: hoteluchos, malas comidas, trenes incómodos. En 1881, cansada de conciertos menores (una vez llegó a tocar acompañando los comentarios de un inglés llamado Archibald Forbes sobre “Royal People I Have Met” [Personajes de la realeza que he conocido]) funda la Compañía de Conciergos Carreño. Con ésta, los conciertos consistían en una primera parte dedicada a la música popular habitual en los programas de conciertos, y una segunda parte con arias de ópera.

En 1881 Lulú enferma gravemente y pocos días después muere. Tenía tres años.

A finales de año, funda la Carreño-Donaldi Operatic Gem Company junto a la prima donna italiana Emma Donaldi. Al unir dos presencias importantes, las posibilidades de conseguir presentaciones se duplicaban. Durante este tiempo, Carreño sólo se presenta en Estados Unidos.

El 24 de diciembre de 1882 nace Teresita. No sólo es una preciosa niña, sino que llega en un momento en que la madre está emocional y económicamente más estable. Ya el fantasma de Emilita y su adopción, aunque nunca desaparecerá, no la asusta con respecto a sus otros hijos.

Durante 1883 se dedica a dar conciertos en Estados Unidos y Canadá. Además, vuelve a una actividad abandonada por mucho tiempo, la composición. Escribe su *Vals Teresita* en homenaje a su hija. Esta pieza, con la que solía terminar sus conciertos, se hace tan famosa que se le hacen arreglos para piano; mandolina y guitarra; piano a cuatro manos; piano y violín; piano, violín y violonchelo; acordeón y orquesta.

El 7 de enero de 1885 nace Giovanni. Los niños hacen feliz su vida familiar, aunque su esposo no sea ni compañero, ni proveedor, ni protector, sino más bien infiel, bebedor, jugador y agresivo. En las fotos con sus hijos, Teresa siempre está sonriendo felizmente, tanto en aquella en que mira a un muy serio bebé como en la que está sosteniendo sobre su espalda a una juguetona Teresita. Con sus hijos se veía radiante.

Teresa tiene muchas y queridas amistades: Fanny MacDowell, madre del músico, Caroline Keating (Carrie), su alumna, y Regina Watson (Ginka), una excelente pianista. Con ellas forma Teresa una *sorellanza*, una hermandad femenina que se mantendrá en el tiempo y que la ayudará en su muy afanosa vida.

En el plano profesional, Teresa también comienza a sentir que es más reconocida. Sus programas abundan en obras de Grieg, Schumann, Chopin. No puede dedicarse, sin embargo, sólo a los conciertos de música académica y, por ello, debe volver con cierta regularidad a sus compromisos comerciales: conciertos en casinos y giras poco apetecibles. Sin embargo, en 1883 Leopold Damrosch, un muy respetable director, la invita a su gira.

Durante esos años los críticos no son siempre favorables. Unos la alaban, otros se sienten decepcionados. Algunos son, incluso, malévolos:

La función comenzó a la hora fijada ante un público insignificante y una damisela de aspecto audaz, de vivos ojos negros, cara redonda, labios carnosos, nariz muy modelada, que calza número 2 y pesa ciento ochenta y cinco libras, fue conducida al piano por un caballero; tomó asiento y comenzó en seguida una lucha con el piano. Continuó de esta manera hasta que el umpire dio por terminada la batalla.

El todopoderoso Mr. Dwight la tiene por buena intérprete, pero para su desencanto no la incluye en el Olimpo de las tres grandes pianistas mujeres, las *petticoat pianists* o sea, las intérpretes que usan enaguas: Sophie Menter, Clara Schumann y Arabella Goddard.

Entre 1876 y 1885 la vida de Teresa no cambia mucho, a pesar del matrimonio y el nacimiento de dos hijos: estudia, trabaja duramente, se presenta en cantidad de sitios, aunque esta vez en un solo continente, y trata de ser reconocida por sus pares. Con todo, por esos días, llegan noticias de Caracas que darán un vuelco a su vida.

Caracas, allí está... (1885-1887)

La vuelta a la patria fue un desastre que Teresa no pudo avizorar cuando ve el recibimiento triunfal que le hacen sus compatriotas. De acuerdo a nuestro habitual comportamiento, la acogieron como a una diosa y luego hasta tomates lanzaron al escenario. Demás está decir que Teresa no se amilanó, aunque volver a su lugar de nacimiento, después de tantos años, para pasar malos ratos no estaba previsto en sus planes.

La venezolanidad de Teresa Carreño era activa pero relativa. Siempre usó el pasaporte venezolano, aunque era una ciudadana del mundo. Criada entre Caracas, Nueva York, París y Londres, en su vida adulta vivió largos años en Boston, París y Berlín, sin embargo, suspiraba por la Caracas de su infancia, pidió ser enterrada allí y ostentó la nacionalidad venezolana toda su vida. Ella misma narra el episodio “más irritante de su vida”

En 1916, durante la Primera Guerra Mundial, viaja de Berlín a Viena. Un soldado la detiene porque su nacionalidad no está clara para él y la remite a las autoridades austriacas:

Una vez en manos de las autoridades austriacas fui cuestionada abiertamente: ¿Dónde había nacido? En Caracas. ¿Caracas? ¿Quién ha escuchado jamás de ese lugar? ¿Dónde

de queda? En Venezuela. ¿Y en qué esquina del mundo queda Venezuela? En América, Suramérica. ¡Ah sí! ¡Claro! ¿Alguien ha escuchado alguna vez de semejante lugar? ¿Pero cuál es la nacionalidad de madame? Venezolana, respondió Madame. Sí, pero no le entiendo, repitió el soldado, ¿cuál es su nacionalidad?. Pero se lo dije, venezolana. Sí, pero usted todavía no parece entender. ¿A qué nación pertenece? ¿En Venezuela hay ingleses, alemanes, italianos, españoles, a cuál pertenece Ud.?

En 1883 fue comisionada por el gobierno de Antonio Guzmán Blanco para escribir la música y letra de un Himno a Bolívar, con motivo del primer centenario de su nacimiento. Por razones desconocidas, éste se estrena años después. Según algunos autores, la letra es en realidad de Felipe Tejera. Sea de quien fuese, resulta un tanto lamentable, ya que está llena de todos los lugares comunes del culto al Libertador: heroísmos, inmensos espíritus, marchas triunfales, cumbres de los Andes clamando fulgidas por el semidiós, refulgencias, altiveces humilladas por la grandeza de su heroísmo, gloria, orgullo y prez de la patria y demás ampulosidades decimonónicas.

En 1885, terminado el segundo gobierno guzmancista (conocido como “el Quinquenio”), Teresa Carreño recibe una invitación oficial para dar una serie de conciertos por parte del presidente Joaquín Crespo, que en ese momento ejercía su primera presidencia, bajo la modalidad del “Bienio”.

Joaquín Crespo, nacido en Aragua pero criado en los Llanos, fue uno de esos caudillos militares que van escalando posiciones y llegan de soldado raso a presidente de la República. Gobernó el país entre 1884 y 1886 y luego entre 1892 y 1898, y era uno de los que originalmente formó parte del Grupo de la Adoración Perpetua a Antonio Guzmán Blanco, a quien le cuidó la presidencia cuando éste quiso solazarse un tiempito en su amada Francia. Lideró la Revolución Reivindicadora y más tarde, con pie propio, la Legalista. Este Héroe del Deber Cumplido, uno de los títulos que obtuvo, fue el Jefe supremo del Partido Liberal Amarillo.

Los preparativos de la venida de Teresa estuvieron a cargo de su hermano Manuel Carreño, vinculado al gobierno, quien funge como agente y organiza su llegada, así como los conciertos que habrían de ofrecerse. Tag y Manuel llegan a Venezuela antes que Teresa a fin de ocuparse de la organización de las presentaciones y de la campaña de prensa, semejante a las que organizó Manuel padre a la llegada a Nueva York y París.

Teresa Carreño, a los treinta y dos años, era la venezolana más famosa de su época. A su arribo a La Guaira, en octubre de 1885, la esperaba una multitud y un vagón especial, en el que subió a Caracas. Allí, un comité de recepción le ofrece flores, se recitan poemas en su honor y le dan serenatas. En Caracas vuelve a ser Teresita, y así la llaman los periódicos. En éstos se desata una epidemia retórica, en la que Teresa es llamada “hija del sol”, “insigne artista”, “gloria de ese arte divino”, “esclarecido genio”, “viajera encantadora”, “ángel y mujer”, “rico tesoro venezolano” e “intérprete del lenguaje de los cielos”.

Teresa publica una carta en *La Opinión Nacional* (el periódico del gobierno) en el que dice lo siguiente:

Al pisar las playas de mi país natal, he tenido la honra de recibir de mis compatriotas una prueba espléndida de su cordial afecto hacia mi humilde persona. No merezco yo tanto.

Reconocida, muy reconocida estoy por las finas demostraciones de amistad y consideración con que se me ha recibido en esta ciudad después de mi larga ausencia en el extranjero; y es ésta la ocasión de declarar con toda la efusión de mis sentimientos y el agradecimiento en que estoy por tanta bondad a que yo sabré corresponder.

Saludo a la ilustrada prensa de Caracas, a la Junta de Recepción, a los miembros del club Bolívar y demás personas de quienes he recibido inequívocas muestras de estimación; y muy especialmente al digno Presidente de la República, benemérito General Joaquín Crespo.

La preparación del primer concierto en el Teatro Guzmán Blanco (actual Municipal), muestra la cantidad de elementos que debían to-

marse en cuenta en aquellos tiempos para impedir que alguien se sintiera ofendido por el desaire. Ya que estaba emparentada con la familia Toro (de la esposa del Libertador), debía dedicar el primer concierto a Simón Bolívar, pero también a Joaquín Crespo por ser el presidente. Por otra parte, ya que el Club Bolívar le había dado una serenata, se esperaba que ella invitara al presidente de dicho club a cantar. El programa incluye el *Concierto en mi menor* de Chopin, el estreno del *Himno a Bolívar*, para tenor, coro mixto y orquesta, siendo el solista su esposo Giovanni Tagliapietra. Luego varios solos de piano: *Si yo fuera pájaro* de Henselt; *Tremolo* de Gottschalk y *Saludo a Caracas*, compuesto especialmente por Teresa para la ocasión. Para finalizar, la *Rapsodia N° 6* de Liszt y el *Vals Teresita*.

Los caraqueños enloquecen con el concierto, al tiempo que en los periódicos se suceden críticas cada vez más laudatorias, poemas dedicados a la magnitud de su genio y a su belleza y ditirampos sin fin.

Diógenes Arrieta publica años después, en *El Cojo Ilustrado*, unos recuerdos sobre Teresa Carreño; allí describe a la artista:

Vestía con suntuosa y correcta sencillez. El porte distinguido: el ademán natural, desembarazado, fácil y seguro, como de quien tiene, con la conciencia de la superioridad artística, el hábito de los salones en el gran mundo. Había pasado de los treinta años sin alcanzar todavía a los treinta y cinco: la edad en que, por el completo desenvolvimiento de las facultades intelectuales, el cultivo del arte de agradar y el conocimiento de la vida moral, la belleza de la mujer alcanza su más característica expresión y despide su más seductivo fulgor. Sin collar y sin zarcillos, descubiertos los brazos, pecho y espalda por la escotadura del vestido, el blanco desnudo busto salía tentador y victorioso de entre las líneas negras del jubón de seda. Ya no tenían sus mejillas, es claro, la frescura de la primera juventud. Pero a la pelusilla azulosa de durazno tierno que cubre las facciones de la mujer adolescente, habían reemplazado en sus formas el tono brillante y la voluptuosa morbidez de la fruta de la belleza que ha sazonado para el amor el sol de los 30 años.

Ante el gran éxito prepara un segundo concierto, que esta vez dedica “a la refinada e ilustre sociedad de Caracas”. Según Milinowski, las

damas caraqueñas, escandalizadas por ser divorciada, no la recibían ni la visitaban. Ella, en carta dirigida a su amiga Caroline Keating Reed, no hace ninguna referencia al asunto, así que no sabemos si fue así, si Teresa se percató o no, o si optó por la discreción:

Estamos aquí desde el 15 de octubre. A mi llegada, toda la ciudad salió a recibirmee, con una banda de música, discursos, etc., etc., y todas las demostraciones de afecto de mis conciudadanos. No entraré en detalles, porque lo que te interesa saber es el resultado total. Te diré, muy confidencialmente –porque el que no me conozca podría pensar que soy vana y ridícula–, que he sido tratada como una reina. Mi entrada a la ciudad fue de tal regocijo general, que las calles por donde pasaba mi carroaje, desde la estación hasta la casa, estaban llenas de multitud, que me aclamaba y ondeaba sus sombreros y pañuelos, tratándome como si yo fuera una reina que entraba a su ciudad. Puesto que las ovaciones, flores y discursos, serenatas, condecoraciones, medallas, y, en fin, toda clase de demostraciones agradables y honoríficas han llovido sobre mí, me he sentido todo el tiempo como si no mereciera nada de esto y fueran pocos mis méritos en comparación a los honores que recibía.

El Gobierno me confirió el Busto de Bolívar, el más alto honor que se confiere a alguien, y Tag fue también honrado con éste después del primer concierto en que cantó, y que se llevó a cabo el 10 de enero. Lo que más me conmovió fue una bella medalla de oro que la prensa de Caracas me entregó con un pergaminio que contenía tantas alabanzas que a duras penas me reconocí en ellas luego de haberlo leído. Estuvimos en Caracas un mes después del 15 de octubre, luego fuimos a Puerto Cabello, Valencia y Ciudad de Cura; regresamos después a Caracas el 28 de diciembre. Y desde entonces hemos dado aquí dos conciertos más. Ahora estamos a punto de salir para Ciudad Bolívar y Trinidad, de allí a Maracaibo. Volveremos de esta ciudad y, probablemente, después de una corta temporada aquí regresaré a mi hogar. ¡Esta sola palabra hace vibrar mi ser! Piensa qué larga separación de mis dos queridos hijos, los que más anhela mi corazón día y noche. Tú que sabes tan bien cómo está mi alma embebida en esos niños, puedes imaginarte lo cruel que ha sido para mí esta separación, qué gran sacrificio; mas como es por ellos, debo reunir todo mi valor y tratar de soportarlo. Tag ha vuelto a ser casi el mismo, y el clima ha restaurado su salud, lo que no es poco obtener, y hubiera bastado en este viaje. Te sorprenderá el ver cuánto más nos quedado aquí de lo que proyectamos;

pero, como las cosas se presentaron tan bien, determinamos quedarnos por estos lados el resto de la temporada.

Ante tanto éxito, Teresa se dedica a una gira de conciertos por Venezuela. Durante el año 1886 visita La Guaira, Puerto Cabello, Valencia, Villa de Cura, Maracaibo, Ciudad Bolívar, Curazao y Trinidad. En este periplo resulta extensamente alabada, pero también comprende que el país es distinto a la idealización de la nostalgia. Algunos conciertos deben cancelarse porque las entradas no se venden, en otros le piden cambiar el programa. Una nota de prensa anuncia sin pudor:

Los aficionados al arte están de plácemes, por haber resuelto la célebre pianista venezolana, señora Carreño, dar un segundo y último concierto, en el cual ejecutará algo que no sea clásico, pues si lo que se llama clasicismo tiene sus adoradores, tiénelos también en la abundancia la melodía. A unos agrada la difícil ejecución; a otros el sentimentalismo en la nota; y si no vamos errados, la música que deleita y commueve como que ha de tener un porvenir tan grande como su pasado.

Mientras tanto, tiene lugar un cambio de gobierno. Concluye el “Bienio” de Joaquín Crespo y comienza el tercer gobierno de Antonio Guzmán Blanco, también un “Bienio”, bautizado en este caso como “la Aclamación Nacional”. Guzmán Blanco fue el primero de los jefes de la República que no era sólo un caudillo militar, sino también un abogado y político. El “Aclamado de los Pueblos” comienza en 1886 un gobierno que será muy distinto al “Septenio” (1870-1877) y al “Quinquenio” (1879-1884). En este período la oposición arrecia e incluso su compadre Joaquín Crespo se muestra alzado y respondón. La situación se torna tan complicada que incluso salpica a Teresa Carreño.

Ésta, que nunca se había interesado en la política, está encantada con Guzmán Blanco, un señor fino y educado, que habla francés, conoce mundo y con quien estaba, de paso, lejanamente emparentada por el lado materno. Participa en un concierto en homenaje a Guz-

mán Blanco, donde estrena una nueva composición: *Himno al Ilustre Americano* para barítono, coro mixto y orquesta.

Antonio Guzmán Blanco sabía del nivel y prestigio de Teresa Carreño, por tanto no sólo la consideraba como músico sino también como una personalidad capaz de fundar instituciones a la altura de las europeas. Uno de sus encargos será que ella haga el proyecto de un Conservatorio. Teresa escribe unas *Bases preliminares para la Fundación en Venezuela de un Conservatorio de Música y Escuela Dramática*, fechado el 21 de septiembre de 1886. En este bien organizado documento, escrito con bella letra, se incluye el personal necesario; las materias a ser vistas en la Escuela de Música; las entradas y beneficios que puede reportar el instituto (que era pago pero daba becas); un presupuesto de los gastos de instalación y los sueldos de los profesores; así como un manual de funcionamiento con las características que debían tener estudiantes y profesores. Carreño le escribe una carta a Guzmán presentándole formalmente el proyecto. En ella podemos ver lo organizada y sensata que era Teresa en sus proyectos, a pesar de que muchas veces éstos no funcionaran:

Mi estimado general y amigo:

Tengo el honor de remitirle el trabajo que Ud. me dio ayer, con el presupuesto. Yo he hecho un cálculo aproximado de lo que creo serán los gastos del Conservatorio y sujeto a mis limitadas aptitudes.

Los gastos para anuncios que he puesto parecerán quizás, algo subidos, pero he pensado, que un conservatorio fundado por un hombre tan ilustre como Guzmán Blanco y tan justamente célebre en el mundo entero y del cual toda la América Española con tanta razón se enorgullece, y que también estando dirigido por una artista que ha corrido con la buena suerte de ser bastante conocida en esas Repúblicas, atraerá al Conservatorio, anunciándolo bien en toda la América Latina como también en las Antillas, muchos discípulos de todos estos lugares los cuales más que compensarán el gasto de anuncios que se tenga que hacer.

Hay muchos pormenores y detalles concernientes al presupuesto que aquí mando a Ud. que necesitan demasiado espacio para escribirlos y quitaría a usted demasiado

tiempo para leerlas. Estando invitada a pasar el día a Antímano en casa de la Señorita Herrera el viernes de esta semana, iré, si Ud. me lo permite, a su casa y le diré de viva voz lo que deseo saber sobre el particular.

Si no es demasiada importunidad, permítame hacerle una súplica, y es que tenga la bondad de hacerme saber en cuanto le sea posible, su resolución, pues mi posición es en extremo violenta habiendo sufrido nosotros grandes pérdidas durante nuestro viaje aquí y en los demás lugares que hemos visitado, y como dependemos absolutamente de nuestro trabajo, tenemos la desgracia de no poder estar sin trabajar.

Dispense Ud., que le haga esta explicación, pero para no parecer inoportuna he creído mejor, ya que usted me ha demostrado tan bondadosa amistad, hablarle francamente. Suplico a Ud. salude afectuosamente a su señora y a toda su familia.

El proyecto del Conservatorio no llega a nada, pero a Guzmán Blanco se le ocurre otro plan faraónico y le solicita a Teresa que organice una compañía de ópera que se presentará en Venezuela. Contarán con un subsidio inicial de cien mil pesos por parte del gobierno. Ante la interesante propuesta, Tag sale rumbo a Italia para contratar cantantes, mientras Teresa va a Nueva York a buscar músicos, vestuario, un director y a sus hijos. Se despide con una carta en la prensa:

Como la mayor prueba de mi afecto a los compatriotas de la amada Venezuela, he vuelto a su seno con el fin de darles mi adiós ofreciéndoles mi último concierto. Es con lo único que puedo corresponder a tantas demostraciones de cariño; y mi esposo, también agradecido, ha dispuesto tomar parte en él, demostrando así su amor hacia los que tanto me han abrumado con finas atenciones. Donde quiera que me lleve la suerte, allí palpitará mi corazón siempre agradecido, por este pedazo de tierra que tanto quiero.

El 25 de febrero de 1887, vuelve a Caracas. La compañía tiene cuarenta y ocho artistas, además de Teresa y Tag. La temporada de ópera comienza el 5 de marzo con *Un ballo in maschera* de Giussepe Verdi. Después de una buena crítica inicial para el primer y segundo día, los espectadores no vuelven a las siguientes funciones. Ni siquiera Guzmán Blanco se deja ver por allí, tanto así que esto hace fracasar un intento de asesina-

to. Ramón J. Velásquez cuenta que un cochero denuncia tres intentos de magnicidio contra el “Aclamado”, uno de ellos se llevaría a cabo en el teatro “donde actuaba la compañía de Opera de Teresa Carreño, pero resultó ser un nuevo fracaso, pues el presidente no volvió al teatro después de asistir a la noche de inauguración de la temporada”.

Lucia di Lamermoor, Fausto, La Traviata, Aida, Rigoletto, Favorita, Sonambula, Il Trovatore y Norma se presentan en una situación parecida a un sainete. El público abandona el teatro, los cantantes están descontentos, la diva demanda a Teresa por sueldos vencidos, tiran al escenario una piedra y una botella “que contenía un líquido asqueroso”. Tag, que aparentemente se había hecho famoso en los bajos fondos caraqueños por su afición a la bebida, el juego y las damas, recibe cartas amenazadoras que más parecen una típica mamadera de gallo caraqueña, pero que hace que se niegue a cantar nuevamente:

Estimado amigo: siento mucho decirle que aquí no queremos oírle su voz y de resto si usted canta nos veremos obligados a echarlo de la excena (sic) a silvatadas (sic) o tomatasos (sic) además porque al señor Noto no se le da el papel de Rigoletto siendo mejor artista de U. y teniendo mejor voz vamos a tener que oír su voz de grillo (...) Un admirador de lo bueno.

Querido Giovanni: Te voy a exigir una cosa, y es que no salgas más a la escena, porque interpretas tan mal el papel de Rigoletto, que nos vas ha exaltar (sic) los ánimos y vamos a cabar (sic) contigo a tomate. Un admirador de lo bueno.

Tag, por su parte, escribe una carta al periódico en la que expresa:

Habiendo recibido las dos cartas anónimas, cuyos originales incluyo, y que suplico a U. se sirva publicar en su estimable periódico, paso por la pena de despedirme por la presente del respetable público caraqueño a quien tantas bondades debo.

El director de orquesta, al ver la situación, también se asusta y se reporta enfermo. Teresa tiene que reemplazarlo, además de tocar en

los intermedios para tranquilizar al escaso público que protestaba por la calidad de los cantantes. ¿Eran en realidad tan malos éstos? Posiblemente no eran buenos, pero no tan despreciables como la gente decía. Supongo que los ataques tienen un origen más político que musical. Teresa Carreño era percibida como alguien del entorno de Guzmán, y una manera nada peligrosa de estar con la oposición era atacar por persona interpuesta. Si el gobierno de Guzmán Blanco no hubiera tenido problemas, muy probablemente la gente se hubiera volcado al teatro. Pero, en ese momento, una manera de estar contra el gobierno era criticar a Teresa. Los ataques no eran sólo artísticos, sino acusaciones de que había malversado el dinero otorgado por el gobierno. Para Teresa, esto es una dolorosa mentira de la que debe defenderse.

La situación económica de Carreño se vuelve complicada, ya que de los cien mil pesos ofrecidos sólo reciben una cuarta parte, a juzgar por la relación de gastos que hace la pianista. El dinero, además, llega en varias cuotas bastante espaciadas. Ya que las entradas no se venden como se había esperado y que los gastos de organización eran considerables, Teresa está prácticamente en la quiebra. La temporada de ópera termina intempestivamente el 24 de abril de 1887, mucho antes de lo planificado.

En ese momento Teresa recibe una carta anónima, firmada por "Los Abonados", en la que se la insulta y amenaza, acusándola de haberse quedado con el dinero correspondiente a los abonos ya cancelados. Con el espíritu que la caracteriza, Teresa envía el anónimo al periódico *El Siglo* para que se sepa de la bajeza de quienes la atacan. El periódico se niega a publicar carta tan soez, pero informa del hecho y reprende a "Los abonados", informándoles que los abonos no eran asunto de Teresa, sino de una compañía y que esa no es manera de tratar a una dama.

Teresa se veía imposibilitada de salir del país a causa de la demanda de la soprano Adela Aimery de Llistar, quien reclama por una semana trabajada y no cancelada. Aimery va a los periódicos, informa del hecho, al que llama "insignificantes parcialidades inconscientes en la

espinosa arena lírica”, y ofrece un concierto que se interpreta como un acto de desagravio a la española y de crítica a la compañía de Teresa. A este concierto acude Guzmán Blanco. Toda la pelea, la demanda legal y las opiniones de la agraviada fueron ventiladas abiertamente en la prensa, suponemos que para horror de Teresa, que era muy discreta en estos asuntos.

Mientras tanto, Teresa Carreño ha perdido todo su dinero y no puede salir del país por la demanda legal que pesa sobre ella. Como sigue siendo la encargada de mantener a su familia, decide trabajar en lo que pueda. En julio de 1887 coloca un aviso de prensa ofreciéndose como “maestra de piano para señoras y señoritas durante su permanencia en Caracas, en su casa de habitación Avenida Este”.

El alcance de los problemas que pasó Teresa en Caracas sólo se puede percibir bien a partir de la carta que ella misma le enviara a Antonio Guzmán Blanco el 29 de marzo de 1887:

Mi estimado amigo y querido protector

Siento en el alma tener que molestar a usted en medio de sus ocupaciones, pero por más que he hecho todos mis esfuerzos para no importunarle, el momento llega en que no lo puedo evitar. Vengo a suplicarle que me haga el favor de hacerme dar los últimos cinco mil pesos que me quedan por recibir, para poder pagar a mis artistas pues como Ud. sabrá las entradas que he tenido han sido tan malas que ni a la mitad de los gastos han alcanzado. Yo me he encontrado aquí con una enemistad en varias personas tan grande como incomprensible, que a pesar del mérito incontestable de la Compañía (mérito que el público que ha asistido a las óperas como también los periódicos serios y aficionados, han reconocido unánimemente) están trabajando día y noche para hacerme romper la compañía y quedar mal ante el público y los artistas que he traído. Yo no sé a qué atribuir esta guerra que se me hace pues no se en qué manera merezco yo esto como también los insultos personales que se me hacen por la prensa a cada paso.

Todo esto lo sufro con paciencia pero desgraciadamente estos señores que me hacen esta guerra, ayudados por la cuaresma y demás inconvenientes actuales contra los cuales estoy tropezando, han influido hasta cierto punto con el público en general y ha impedido que (...) al teatro fuera la que hubiera podido ser para ayudarme.

Se reúne ahora la circunstancia de la llegada de la Semana Santa, durante la cual tengo que cerrar por completo el Teatro, y como a los demás artistas tengo que pagarles su sueldo lo mismo que si estuvieran dando funciones, me encuentro sin fondos para hacer frente a mis pagos, y por esto es que tengo que venir a molestar a Ud. para que tenga la bondad de hacerme dar la suma que por el Contrato me queda por recibir, para ayudarme en la penosa y difícil posición en que me encuentro.

Mucho hubiera deseado tener con Ud. una conversación sobre la compañía y todo lo concerniente a ella, y había esperado que Ud. me hubiera honrado con una visita y así tener la oportunidad de decirle lo que deseo sobre el particular, pero comprendo bien que en medio de tanto asunto serio que necesita su atención no le haya sido a Ud. posible pensar en un asunto tan insignificante como el que me concierne ni le permitirán a Ud. estas mismas atenciones, el tiempo que quizás Ud. hubiera bondadosamente empleado en venir a esta su casa.

Suplico a Ud. perdone lo largo de mi carta, y saludándolo muy atentamente a su Señora y familia quedo de Ud. su Ata. S.S. y amiga, Teresita.

En otra carta del 5 de abril de 1887, suplica al Presidente que le envíen el dinero de las cuotas faltantes. En esta epístola se ve que la crisis no era sólo de carácter económico sino de prestigio. Ella le dice que necesita el dinero para:

[t]ratar de salvar mi pobre nombre (que es todo el capital que tengo y el pan de mis hijos) el cual, aquí en Caracas, por motivos para mí desconocidos se han propuesto arruinar (...)

por la posición angustiosa en que me encuentro (cansada por la guerra que me han hecho aquellas personas celosas de mí por el honor que Ud. me hizo dándome la preferencia para traer la Compañía y enemigos también del orden y del país) (...)

Por no hacer esto, he sufrido todos los contratiempos y pesares, trabajando día y noche hasta el punto de hacer con que mi vida creí poder hacer, como ponerme a dirigir la orquesta por la enfermedad cierta o fingida del director de Orquesta y la absoluta imposibilidad de encontrar quien tomara su puesto, y lo hice para no tener que cerrar el Teatro y ver la Compañía en la calle y mi nombre y el de mi país, arrastrado por las calles de aquí y de afuera de boca en boca después de tal escándalo. (...)

Por la cuenta que me permite incluirle, verá Ud. cómo dispuse del dinero que Ud. me confió y que lejos de hacer como han dicho hasta por la prensa las personas de quienes hablé más arriba (y que siquiera por ser yo mujer se han accordado ellos de que eran hombres con pretensiones a caballeros para medir sus insultos) que me había robado la subvención, verá Ud. que no sólo he empleado toda la subvención, sino también lo poco que gané en conciertos durante mi corta estancia en Estados Unidos, para la conformación de la compañía y todos los gastos pertenecientes a ella para que fuera lo más satisfactoria posible...

Para colmo, el 17 de junio, la Sra. Aimery, la soprano española que la demandó por incumplimiento de pagos, a pesar de que Teresa insistía que se le han cancelado todas las funciones, logra que se le embargue el piano. Éste era el mismo Weber del convenio de años atrás. Desesperada, ya que sin piano no puede ir a las giras de conciertos, vuelve a acudir a Guzmán Blanco para que la ayude. El “Ilustre Americano” le proporciona mil pesos, con los que paga a la soprano. Tan pronto como el piano vuelve a su poder, organiza el viaje de regreso.

El 18 de agosto de 1887, una muy escarmientada Teresa Carreño de treinta y cuatro años, sale de Venezuela rumbo a Nueva York, para no volver sino en cenizas. Otra vez se acerca un cambio importante en su vida.

Años perdidos (1887-1888)

A la vuelta de Caracas y lo que ello significó en términos de un fracaso económico y profesional, así como la certeza de que los problemas con Tag no mejorarían, Teresa, con el espíritu que la caracteriza, sigue su vida para mejorarla.

Estos dos años posteriores a la experiencia venezolana parecen perdidos para los biógrafos, dados los pocos acontecimientos, pero no es de extrañar que Teresa los haya ocupado en meditar sobre su situación y en cómo cambiarla.

Compra una casa en 207 18th St., tiene dos cuidadoras para los niños, llamadas Hughsie y Josephine. Su hija Teresita, de cinco años, comienza a mostrar interés y dotes para el piano, mientras que el pequeño Giovanni, según Milinowski, no encuentra mejor juego que hablar con los trajes de ópera de su padre, a los que convierte en personajes.

Teresa Carreño continúa con sus giras. Theodore Thomas, factotum de los prestigiosos *Summer Night Concerts* de Chicago, la invita como solista en el estreno del *Concerto* de Edward MacDowell, hijo de sus grandes amigos, en 1888.

Teresa escribe una carta de agradecimiento en donde se ve la importancia que tiene para ella ser llamada para eventos musicales de importancia:

Solamente deseo agradecerle de todo corazón, una vez más, la amabilidad y consideración con las que usted me trató ayer, y decirle cuan orgullosa y feliz me siento por haberme proporcionado otra vez el placer y privilegio de tocar bajo su magistral batuta. (...) Espero que me verá siempre como la misma pequeña cuyos pasos vacilantes en su profesión fue usted el primero en guiar y apoyar con su poderosa mano.

Teresa está cada vez más consciente de que si permanece en Estados Unidos no podrá convertirse en la reconocida virtuosa que aspiraba a ser debido a su talento. Aunque era mujer de estudiar frente al piano durante muchas horas, en estos años se dedica aún con más fervor a la práctica del instrumento.

Su padre, muchos años atrás, pensaba que el sitio adecuado para el talento de Teresa era Europa. Alemania continuaba siendo la capital musical del mundo y de triunfar allí habrá llegado a un sitio que no puede alcanzar en otro lugar. El problema era, naturalmente, el dinero necesario para establecerse en Alemania y, por supuesto, su relación con Tagliapietra.

En 1888 llega de visita Arturo, hermano de Tag. Este hombre tranquilo y gran admirador de su cuñada se convierte en parte de la familia. Al ver las discusiones que se dan entre la pareja, cuya culpa le atribuía a su hermano, trata de convencer a Teresa de que la separación es imprescindible. Regina Watson, la pianista y gran amiga de Teresa, comparte su opinión. Ella también cree que Alemania es el destino de Teresa, y que Tag se había convertido en un obstáculo que le impide irse.

En el invierno de 1888, Teresa se une a las giras del Redpath Lyceum Circuit por el Medio Oeste. Vuelve a los malos hoteles y al agotador ritmo de una ciudad al día. En los anuncios de la gira se informa sobre la Carreño:

Su gran popularidad hace de ella una educadora del público, y calcula haber alcanzado un promedio de más de 150 conciertos por año, lo que suma alrededor de 1.650 conciertos en once años.

Mientras, Regina Watson vislumbra una solución. Como es profesora de piano de Helen Fairbank, hija a su vez de un millonario, Regina le cuenta a ésta los problemas de Teresa. Le pide que convenza a su padre de que le preste cinco mil dólares a fin de poder cubrir el viaje a Alemania.

Éste, que era gran admirador de las mujeres de coraje, se los presta. Aunque Teresa está asustada por lo que se avecina, aprovecha una gira de Tag, le informa de que se va a París a visitar a su hermano Manuel y, tomando a sus hijos, parte para Europa. Para ella, el matrimonio ha concluido.

Llega primero a Londres, de allí va a París a visitar a su hermano Manuel Carreño, ministro consejero de la Embajada de Venezuela. Manuel vivía una buena época, estaba recién casado y tenía un cargo que le satisfacía. Su esposa, Rosie, es una muchacha humilde de Nueva York. Mucha gente criticó el matrimonio, que consideraron por debajo del nivel del novio, pero Teresa la consideraba encantadora.

En una carta a Carrie Keating, Teresa le describe sus días en París. Comenta las historias familiares, los conciertos, noticias acerca de los amigos comunes, pero sobre todo lo que se ha convertido en la gran sensación mundial:

Llegamos a Londres el 13 de julio, y permanecimos allí nueve días. Visitamos muy bien dicha ciudad, y sentí el mayor placer al ver otra vez los viejos sitios familiares de mi infancia y adolescencia después de tantos años. Mrs. MacDowell y yo fuimos a visitar los diferentes lugares en que viví, y sentí pena al recordar los viejos tiempos en que mi pobre padre estaba conmigo.

Llegamos aquí el 22 de julio y encontramos a Manuel y su esposa, que nos esperaban impacientes, con los brazos abiertos. No tienes idea de la sorpresa que les di, pues no se imaginaban mi venida hasta que recibieron un telegrama que les envié desde Londres al

día siguiente de nuestra llegada a ésa. Manuel luce mejor que nunca; se ha hecho más corpulento y se ve mucho mejor así. Es el mismo buen muchacho, tan querido, ahora con todas las cualidades de un buen hombre, y ha dejado atrás todo lo infantil. Su esposa es una muchacha encantadora, y cuando pienso en las cosas injuriosas que me refirieron acerca de ella, siento deseos de cortar las lenguas de los bellacos que las dijeron. Es la joven mejor y más agradable que pueda imaginar, y estoy deseosa de que la conozcas.

Son sumamente felices y yo gozo viéndolos así. La posición de Manuel aquí es muy grata, y se divierten grandemente, pues siendo él secretario de la Legación tienen muchas oportunidades para ello. Me he quedado aquí desde entonces. Primero tuve un apartamento en la misma casa con Manuel, Av. Mac Mahon 3, cerca del actual, y ahora he tomado éste hasta el 1 de noviembre, día en que saldré para Berlín. De música he oído poco; en Londres, el *Otello* de Verdi, presentado exactamente como la primera vez en Milán, con excepción de la prima donna que era muy bella. La voz de Tamagno es magnífica, sobre todo en las notas más altas, y el Iago de Maurel, histriónicamente es digno de Salvini. Su voz no es ya como antes, pero es tan gran artista que hace que uno olvide eso.

En cuanto a orquesta y coro, jamás oí cosa igual. La orquesta en especial me hizo saltar de mi asiento.

Aquí no hay otra cosa que la "Exposición", y especialmente la "Torre Eiffel", la gente sueña con ella, come en ella, no habla de otra cosa y la usa en todas las formas imaginables, hasta que por último cree uno estar rodeado de locos. En justicia se puede decir que toda esta alharaca es bien merecida, pues es una obra de ingeniería maravillosa, pero llega uno a cansarse de tanto oír hablar de ella.

Mr. y Mrs. MacDowell, mi cuñada y yo subimos un día hasta el tope, y el panorama que vimos era grandioso. La exposición propiamente era muy interesante, pero no he podido verla tanto como hubiera deseado. Iré otra vez antes de su clausura y veré algo más.

Mi primera actuación se efectuará en Berlín con un concierto en el que seré secundada por la Orquesta Filarmónica, el 18 de noviembre. Se ruega a los amigos de la familia orar para esta ocasión. ¡Cómo deseo que estuvieses conmigo entonces, y ahora, y siempre! ¿Crees que vendrás para el próximo verano? Si me quedo, espero que así sea; pero, a decir verdad, querida Carrie, tengo una nostalgia tan espantosa que creo que el próximo verano, si estoy viva, me encontrará en América, porque no hay otra tierra para mí

como los Estados Unidos ni gente como los americanos. ¡Que Dios los bendiga! Ellos no tienen idea de cuanto los quiero.

Le hice una visita a mi querido y viejo amigo Gounod; no te imaginas con qué cordialidad y cariño me ha recibido. Me tocó su última composición, que él llama Mon dernier enfant, una obra orquestal muy bella; me hizo tocar en su gran Steinway, del que está sumamente orgulloso, y me dijo que, fuera de él, era yo la primera persona a quien permitía tocar su piano. ¿No es esto halagador y una gran bondad de su parte? Él no es solamente un grande hombre, sino un buen grande hombre.

Teresa pasa unos días de tranquilidad con su familia, en los que práctica al piano más de seis horas diarias. Luego, deja a los niños en un internado en Montmorency mientras se acomoda en Berlín.

Una vez más en Europa, otra aventura comienza.

Teresa Carreño-d'Albert (1889-1896)

Ya el viejo Manuel Antonio Carreño había comprendido en su momento que si bien Estados Unidos ofrecía interesantes posibilidades económicas, era en Europa donde Teresa podría desarrollarse como una extraordinaria intérprete.

Lamentablemente, las finanzas no lo permitieron sino hasta 1889, cuando Teresa tenía treinta y seis años. Sin embargo, se dedicó con tanta devoción al estudio y su talento era tan formidable que entró en el circuito clásico con una facilidad que a ella misma no le parecía posible.

En 1889, Alemania vivía su último año con el creador de la Unificación, Otto von Bismarck-Schönhausen, como Canciller del Segundo Imperio Alemán.

Berlín era el centro musical del mundo en el siglo XIX. Teresa llega sola, sin conocer el idioma y sin muchos contactos. Guzmán Blanco, que seguía velando por ella, le extiende una carta de recomendación para el Cónsul venezolano, a fin de que la ayude en la medida de lo posible. Por otra parte, recurre a sus amigos en Berlín, uno de los cuales es el célebre director Hans von Bülow, a quien le escribe:

He venido a Europa a hacerme oír, y si puedo, hacer algunos compromisos para conciertos. El 18 del mes próximo daré mi primer concierto en Berlín, y me atrevo a esperar que tendrá el placer de verlo durante mi estadía allí. ¡Le ruego conserve la bondad y la amistad que me ha demostrado siempre y que tanto me honran, y quedo bajo su ala protectora!

Antes de llegar, Teresa ya había contactado con Hermann Wolff, el mejor empresario musical de Berlín, quien la representará hasta su muerte.

Se hospeda en un pequeño lugar en el Askanischer Hof, una residencia donde vivían muchos artistas. Allí se dedica a practicar, preparándose para el concierto y a estudiar alemán.

El concierto pautado tendrá lugar en la Singakademie, donde habían tocado Anton Rubinstein y Clara Schumann. Será la solista en un concierto de la Berliner Philharmonischen Orchester, dirigida por Gustav Kogel.

Emil Breslauer, el gran crítico musical alemán, la visita el día antes de su concierto, cuenta Martha Milinowski. Ella toca y él queda muy impactado, pero no positivamente. Le dice que lo que ella hace es “tan diferente, tan interesante (...) pero su técnica es tan extraña, en Alemania tenemos un estilo más moderado”. Teresa, asustada, intenta hacerlo, pero no puede. Al día siguiente, en el ensayo con la orquesta, decide que debe tocar a otro ritmo, ya que “había dejado atrás y sin aliento a la orquesta”.

El día del concierto, en cuyo programa estaban Grieg, Schumann, Tchaikovski y Weber-Liszt, toca a su estilo y obtiene un gran éxito.

Los críticos alemanes, acostumbrados a lo mejor, reconocieron que era una artista de primera clase, con gran resistencia y osada personalidad, testimonia Milinowski, aunque también que se tomaba muchas libertades con el tiempo y los límites y que carecía de delicadeza. Otros, sin embargo, la alaban y consideran que justamente su irrespeto a las convenciones de la interpretación son lo mejor de ella. El *Allgemeine Musikzeitung* indica, por ejemplo, que tiene:

Una perfecta técnica, completa y deslumbrante, con la fuerza de dos pianistas, y con un sentido del ritmo fuertemente arraigado en ella; Frau Carreño une a la libertad espiritual la independencia de interpretación, que la colocan muy por encima del simple pianista en el reino del verdadero arte.

Da otro concierto con Beethoven, Chopin y Paganini-Liszt en el programa. La crítica está totalmente desconcertada. Herr Breslauer dice:

Es imposible evaluarla. Hasta los más indiferentes son arrastrados por la corriente (...) Pero desde el punto de vista alemán, habría mucho que cambiar.

Sin embargo, su carácter de extranjera y su dominio técnico hace que la respeten y admiren. Lo que no habrían tolerado en un alemán, en ella es una muestra de la pasión latina. En realidad, dice Rosario Marciano, la Carreño tocaba “de la manera acrobática y despampanante que desde pequeña había aprendido, la manera y estilo que demandaban los salones de aquel entonces”. La prensa comienza a otorgarle nombres grandiosos: La Walkiria del piano, la Leona del piano, *Benedicta in nomine Apollonis* (Bendita en el nombre de Apolo).

Su vida profesional está excelentemente encaminada en Alemania, mientras que en el plano económico gozaba de buenas perspectivas, tanto así que en poco tiempo cancela su deuda con Fairbank, el millonario estadounidense. Es el momento de dedicarse a otras cosas.

Aunque habían pasado catorce años, Teresa no había olvidado a Emilita, la bebé que había dado en adopción a la Sra. Bishoff. A pesar de los años, sigue queriendo verla y tener relación con su hija. Por tanto, le escribe una carta a la que había sido su amiga y que en ese momento vive en Alemania:

Querida Sra. Bishoff:

El 21 del corriente salgo para Wiesbaden para cumplir un contrato de conciertos, y le ruego encarecidamente me permita ver a mi hija por breves minutos.

Creo que con todos estos años de silencio, tan dolorosos para mí, durante los cuales he anhelado con el corazón lleno de tristeza por algo de mi niña, sin causar molestia alguna a ella ni a usted, le he probado suficientemente cuánto deseé que usted mantuviera todos mis derechos sobre ella (pues esto fue lo que me prometí), que ella creciera queriéndola a usted con todo su corazón sin ser perturbada por el recuerdo de su desafortunada e infeliz madre. Todavía intento guardar la promesa, pues más que nunca estoy convencida de que actué como debía por el bien de la niña, y si ella no sabe quién soy y cuál es su parentesco conmigo nunca se lo diré por su propio bien; pero no puedo llegar tan cerca con el deseo de verla siquiera una vez y no hacerlo. En nombre del amor que usted siente por esa niña, quien, después de todo es mi hija, y se la di a su cuidado para que la compensara con su amor infantil, en cierto modo, por el cariño y bondad que yo debía a usted, y aunque legalmente tengo derecho a pedirla y nunca he tratado de hacerlo –ni lo haré mientras usted viva–, en recuerdo del cariño que una vez me profesó, llamo a su corazón para que me conceda el consuelo de verla cuando yo vaya a Wiesbaden. Lo que le pido es poco para usted y será mucho para mí.

El día siguiente al concierto visitaré su casa, y espero que usted accederá a mi ruego. Con el más profundo sentimiento de gratitud por todo lo que usted ha sido para mi hija y por todo lo que fue para mí en otros días, quedo, fielmente suya,

La Sra. Bishoff no responde directamente, sino por medio de un abogado. Su carta es de una sequedad impresionante:

La señora Bischoff me pide que conteste a la carta que usted le escribió desde Berlín, y que le manifieste que en ningún modo puede reconocer ella el derecho legal sobre la hija del Sr. Sauret a que usted hace mención. Como están las cosas, es indiscutible que la niña continúa bajo la potestad de su padre, el único que tiene el derecho de decidir sobre su cuidado, crianza y educación. Usted misma admitirá que ella es tratada por Frau Bischoff de un modo maternal, visiblemente afectuoso y sensato, y que una interferencia en estas condiciones no dejaría de ser funesta para del desarrollo mental y moral de la niña.

Bajo estas circunstancias, mi respetable cliente se ve obligada a negar en su propio interés y en el de la niña cualquier forma de trato con usted, personal o en otra forma, y le exige que abandone en lo futuro cualquier intento de intromisión con respecto a ella, a lo que usted no tiene derecho bajo la actual ley. Esto será menos penoso para usted,

puesto que desde su divorcio usted no se ha ocupado nunca de la niña en lo más mínimo, y hasta expresó una vez que en lo futuro usted no existiría para ella.

Muy decepcionada, Teresa sigue con su vida. Emprende giras por Holanda, Praga y Bélgica. En Leipzig toca el *Concerto* de Grieg. Al terminar, el propio Edvard Grieg la felicita, le dedica una fotografía con las palabras “A la Maestra excelsa, con agradecimiento y veneración”. Sin embargo, le escribe a su amigo Winding:

Frau Carreño tocó excelentemente (...) Chopin y (...) Liszt. Pero el demonio está en esos virtuosos que siempre quieren mejorarlo todo (...) Debía existir un castigo para tales cosas. Encima de todo, ise veía tan orgullosa! Eso era lo peor.

Va a Londres en gira, pero los ingleses se han vuelto muy difíciles. En la crítica del *Times* se comenta con disgusto “la costumbre que tenía de agregar pequeños adornos al final de casi todas las piezas que ejecutaba”.

Mientras, Tag le escribe una larga y cariñosa carta, según él dictada directamente por Dios, expresándole un amor un tanto extraño en el que se mezclan la falta de emociones, las promesas económicas y pidiéndole volver:

Querida Teresita:

Recibí tu carta, que me proporcionó placer y tristeza. Pasé dos noches de insomnio pidiéndole a Dios la gracia de que me iluminara para responderte, y finalmente Él me dictó ésta; le doy las gracias mil veces por las decisiones que Él mismo puso en mi corazón.

He aquí lo que voy a decirte y le pido a Dios que sea testigo de que cumpliré estrictamente lo que digo. Dios me dictó esto: “Teresita, eres una mujer buena y sincera, y mejor madre aún, y es por ello que te quiero más (si es posible) de lo que te quise cuando te conocí. No sé si sientes el mismo cariño por mí, pero no puedes negar que después de doce años de nuestra vida juntos debes tener algún sentimiento por el padre de tus hijos. Y es ahora precisamente que hablo en nombre del amor que ambos les profesamos. Tenemos esos dos angelitos tan buenos y bellos, debemos estar orgullosos de ellos y hacerles la vida

lo menos infeliz posible, esparciendo rosas y no espinas en el sendero que han de recorrer... Dejemos atrás el pasado –pensemos en el futuro–, mis faltas para contigo fueron provocadas por mi amor..."

Teresita, deseo hacerte feliz y juro que lo serás. Solamente quiéreme un poco y serás feliz con tus hijos y con tu viejo Nanno. Estamos en una edad en la que ya no existen las ilusiones.

Tiéndeme tu mano y verás lo que Nanno es capaz de hacer después de tantos años de triste experiencia...

Quiero hacerte mi reina, amarte, respetarte y hacer cuánto esté en mi poder para que olvides el triste pasado.

Piensa bien antes de contestarme, pues de tu respuesta dependen tu futuro, el mío y el de nuestros hijos. En todo caso tengo que decirte que no puedo vivir más sin verlos, y si tú decides no recibirme, yo iría de todos modos a abrazarlos a ellos sin abrazar a su madre. Escríbeme pronto. Besa por mí a los niños, y tú que no me enviaste ningún beso, recibe uno de tu Nanno, que siempre te quiere y te hará feliz aún.

He tomado un seguro de vida por \$10.000, de modo que si yo muriese mañana mismo puedes disponer del dinero para los niños. Esto lo hice ayer en la Mutual Life Ensurance N.Y. Tengo todavía \$2000, que he guardado después de haber arreglado todo. Estoy ahora en vías de ganar mucho dinero.

El Dr. Anderson, en Detroit, me dio un prendedor maravilloso con seis bellos diamantes para Teresita, y yo había comprado para ti un par de zarcillos muy lindos con diamantes, y aquí los tengo. También te compré dos quimonos japoneses como sorpresa: uno para el otoño y otro para el invierno, chalecs grandes y una cantidad de menudencias que te proporcionarían placer. Otro beso de Nanno.

P.S.– Después de mi decisión todo depende ahora de ti para hacerme una buena persona, un buen padre y un buen esposo. Firma tu Nanno.

He pagado todas las deudas, me quedan cerca de \$2000 pero voy a entregar la casa. Escríbeme al Steinway Hall, pues aún no sé dónde voy a vivir.

Teresa no le responde.

En octubre de 1890 Teresa interpreta el *Concierto en do menor* de Camille Saint- Saëns, dirigida por Hans Von Bülow. Éste escribe después del concierto:

La Señora estuvo formidable, realizó algo digno de admiración, según mi criterio fue en todo sentido más perfecto que en Berlín, el público estaba fuera de sí, materialmente frenético.

En 1890 y 1891 sus conciertos tienen lugar en Alemania, Suiza, Austria, Suecia y Rusia. Para los programas escoge a Liszt, Saint-Saëns, Bach-Liszt, Grieg, Weber-Liszt, Tchaikovski y MacDowell. Este último gusta al público, pero no a la crítica ni tampoco al director, von Bülow. En Suecia, el rey la premia con la medalla *Litteris et Artibus* por su aporte a la música.

En 1891, Teresa tiene treinta y ocho años y conoce a Eugen d'Albert, un joven de veintiséis, que es el pianista más importante del momento, compositor de óperas y músico muy reconocido, a quien sus detractores llaman "el enano bigotudo". Según Milinowski, al conocerlo, a Teresa le desagradó su aspecto de gnomo, su descuidado traje, su pelo largo y su gran bigote, su voz aguda, "la mirada siniestra de sus ojos, que parecían atisbar a través de estrechas ranuras y que veían demasiado sin revelar nada", su mano fofa al estrecharla, sus ademanes ridículos y su conversación tonta. Sin embargo, al oírlo tocar el piano se enamora súbita y absolutamente de él.

En su agenda comienzan a aparecer cortas pero constantes referencias a "mi Liebchen" [mi querido]. Incluso abundan más las referencias a los lugares donde está el Liebchen que a su propia vida.

A diferencia de Sauret y Tagliapietra, músicos un tanto mediocres que celaban el talento y prestigio de ella, d'Albert era un hombre a su mismo nivel. Sin embargo su carácter era bastante difícil. Nacido en Glasgow, Escocia, de padres franceses, detestaba a los ingleses, se ofendía si pensaban que lo era y sólo admiraba a los alemanes. Además era bastante tacaño, fiel creyente del espiritismo y, a semejanza de los ingleses que tanto despreciaba, era de una excentricidad asombrosa.

Después de un corto romance, Teresa y Eugen deciden pasar unas vacaciones juntos con los niños de ambos. Al ver que todo funciona aparentemente bien toman la decisión de vivir juntos. D'Albert com-

pra una casa en Coswig a la que llaman Villa Teresa. Ella comienza a firmar Carreño-d'Albert, y un año después se casan en Londres. Villa Teresa, por cierto, es actualmente una sala de conciertos y la sede de la Sociedad Teresa Carreño.

Empieza una vida nueva para Teresa. Por una parte, tiene una seguridad económica que no había conocido antes, ya que d'Albert era un hombre acomodado. Por otra, influye en ella como pianista. Cambia los autores de sus programas, haciendo que ella interprete solamente a compositores consagrados, aumenta su repertorio y mejora su técnica. Durante un tiempo dan conciertos en conjunto. Teresa recibe un nuevo reconocimiento: en 1893 el Rey de Sajonia le otorga el título de *Königliche Kammersmusikerin* (Músico de la Cámara Real). En las fotos de la época Teresa se ve feliz y con una gran sonrisa.

Aunque el prestigio musical de d'Albert es grande, comienza a recibir críticas que insisten en que lo único que salva sus insípidas y descoloridas composiciones es la magistral interpretación que hace de ellas su esposa.

Teresa Carreño, a pesar de su personalidad, comienza a seguir fielmente todas las teorías de su marido, e incluso, se hace devota de la medicina naturalista y del vegetarianismo. La familia cambia de hábitos. Todos debían usar ropa de lana procesada lo menos posible. En las mañanas, fuera cual fuera el clima, salían descalzos al jardín, con el pelo suelto y usando amplias batas para hacer ejercicio. Se sometían a tratamientos de agua fría, sólo bebían la leche que proporcionaban las cabras de su propio establo. Viviendo en la fría Alemania, calentaban las habitaciones lo menos posible en invierno, y sustituyeron al médico tradicional por uno naturista.

En el diario de Teresa, que por lo general sólo funcionaba como agenda en la que anotaba sus compromisos, continúan apareciendo comentarios de otro tipo:

22/2/1892. Mi amor salió para América vía Londres a las 7.22 pm. Quiera Dios que vaya y vuelva sano y salvo, y le ruego que me ayude a soportar esta horrible separación.

4/3/1892. Liebchen llegó bien a Nueva York. El Señor sea mil veces loado por este gran favor.

Eugen d'Albert, desde los Estados Unidos, le escribe sobre una común amiga diciéndole que:

No es extraño que se enfermase con el género de vida que lleva aquí ella y todo el mundo. Piensa en el agua helada que beben, el café y los dos platos de carne que comen a las 8 de la noche (...) en una habitación que tiene seguramente 18º reaumur [22º centígrados] es un milagro que viva aquí la gente. La vida que nosotros llevamos y mi pedantería te hacen reír a menudo, querida, pero es una salvaguarda, y el saber que vives así me tranquiliza un poco. Toda la gente en América vive como lunática, pues es imposible no enfermar tarde o temprano con este sistema. Querida, yo no bebo mucha agua y nunca directamente de los grifos.

Mientras está de viaje en sus giras, d'Albert le escribe constantemente, reiterando su amor por ella, criticando las insólitas costumbres de la gente que no piensa como él, expresando sus celos y su molestia cada vez que alguien hace referencia a los anteriores matrimonios de Teresa. Para referirse a sus ex-esposos los llama "esos puercos". Sus celos son tales que obliga a Giovanni a cambiarse el nombre para no ser un recordatorio de su padre.

Por esos días, Tag hace publicar en una columna de chismes de la prensa estadounidense un desagradable comentario:

Uno de los esposos del ave pianista de brillante plumaje, Teresa Carreño-Sauret-Tagliapietra-d'Albert, está a punto de declararle la guerra a su voluble esposa. El enfurecido barítono declara que irá a Europa, y, si es preciso, arrancará por la fuerza a sus dos hijos de la tutela de la bella madre, quien según se rumora quiere más a su actual esposo Eugen d'Albert que a cualquiera de sus predecesores. Tagliapietra, llamado popularmente Tag, no es una persona amable cuando se excita, y parece que prepara una tormenta sobre el hogar de la Carreño para cuando termine la temporada operística.

Durante estos años, Teresa prosigue sus giras por toda Europa, algunas con d'Albert, otras sin él. Las giras separadas comienzan a provocar problemas. En las cartas que él le envía aparecen referencias a sus peleas.

Tienen dos hijas, Eugenia y Hertha, que nacen en 1892 y 1894. A pesar de lo extraño que es Eugen, ella está muy enamorada y sumisa.

En 1894 le escribe a Carrie Keating:

Mi marido reúne todo lo grande en genio y en corazón, y me paso la vida preguntándome cómo es posible que tanta grandeza y bondad puedan encontrarse en un ser humano... Teresita y Hans –así los llamamos ahora, pues no podía soportar de otro modo su nombre, ya que me trae horribles recuerdos– han encontrado al fin un padre que es todo amor, ternura y bondad con ellos. Nuestra casa es una especie de sociedad de mutua admiración y veneración.

Un mes más tarde, sin embargo, las cosas cambian radicalmente y Teresa escribe en su diario:

El día más desgraciado de mi vida. Quisiera no haber vivido para ver y oír lo que me dijo mi esposo. Que Dios me ayude a soportar mi sufrimiento. Sólo Dios sabe lo que sufro.

En diciembre de 1894 se separan. La ruptura del matrimonio es epistolar. Eugen le escribe una carta explicándole las razones de la separación. En esta carta, ególatra e insensible, expresa que sus infidelidades son “circunstancias sin valor” y, por tanto, a ella no le deberían molestar. Las razones por las que el matrimonio no funciona, según d'Albert, no son fáciles de percibir por ella, porque “tú lo notaste menos que yo porque esta clase de sensibilidad, resultado de un constante examen del estado de ánimo es completamente alemana, y además debe ser extraña del todo a la mente de quien viene de las tierras del sur”. Insiste en que no se sentía feliz con ella, que es demasiado dada a las discusiones. Habla de la diferencia de edad: “No debes olvidar que soy aún suficientemente joven como para reconstruir mi pro-

pio ser, para cambiar y formarme de nuevo enteramente, que tú ya no puedes hacerlo y por tanto no me comprenderías más". Reitera sobre la incapacidad de ella para comprenderlo y de algo que le molesta mucho, su "perenne menospicio por todo lo que es alemán" y termina diciendo "yo quiero paz y tranquilidad, y eso es imposible con las mujeres". El buscador de paz, por cierto, se casó seis veces en total.

Mi querida y buena Teresita:

Es sumamente difícil ser franco y no herir. Pero ¿qué da más prueba de confianza y respeto: el valor para decir la verdad o pasar por sobre los hechos con mentiras solapadas? Quiero vaciar mi corazón en ti; decirte lo que siento; cómo he sufrido, y cuánto quiero hacer por nuestro futuro y por el bien del arte que profeso. Fraülein Knauth te dijo que yo sólo quería tu felicidad, lo cual es muy cierto. Dijiste siempre que mi felicidad era la tuya y es por ello que te escribo sobre mi felicidad, o más bien infelicidad, y sobre lo que debería hacerse para reconstruir una dicha tranquila y realizable.

En cuanto a eso, tu dicha es lo principal. Antes que nada quiero negar de una vez por todas que HG y MV son las causantes de mi cambio. Me estimo en mucho para permitir que una u otra influyan en mi vida. Éstas fueron circunstancias sin valor. La verdadera razón del cambio en mi espíritu, además de todo este trastorno, es mucho más profunda. Ha venido desarrollándose inadvertida pero irremediablemente durante dos años, de manera muy comprensible psicológicamente. Tú lo notaste menos que yo porque esta clase de sensibilidad, resultado de un constante examen del estado de ánimo, es completamente alemana y además debe ser extraña del todo a la mente de quien viene de las tierras del sur. ¡Perdona que te diga esto!

Dijiste el otro día que habíamos vivido siempre muy felices, tal vez tú, pero no yo. Apenas transcurrieran cuatro días sin un desagrado, sin diferencias de opiniones o escenas, y cada contratiempo dejaba una herida en mi corazón, añadía tristeza a la íntima ternura y al cariño que te ofrecí en abundancia. No me siento capaz de soportar estos disgustos que para ti son un alimento de vida. Una necesidad. ¡Cuán a menudo te dije que irías demasiado lejos, que yo alguna vez podría cambiar por completo! No lo creíste posible. Los disgustos no te exasperaban la mitad de lo que a mí.

Dices muchas cosas que no sientes en absoluto y yo siempre creía todo. Esta molestia continua casi acabó con nosotros. La revolución en mi espíritu es comprensible, natural,

y puedo justificarla ante Dios. No debes olvidar que soy aún suficientemente joven como para reconstruir mi propio ser, para cambiar y formarme de nuevo enteramente, que tú ya no puedes hacerlo y por tanto no me comprenderías más. La parte principal de tu vida quedó atrás; en cambio yo, así lo quiere Dios sólo he llegado a la mitad de ella. Añadido a eso está tu temperamento sorprendentemente vivaz en contraste con mi naturaleza más tranquila y sencilla. No es extraño que no pudiéramos llevarnos bien. Como base para el matrimonio se necesita algo más que simple amor. Fuimos felices sólo mientras nos consideramos mutuamente. Tú siempre dijiste eso, pero yo fui el más considerado y por eso pensabas a menudo que éramos felices, mientras yo por lo menos no lo era. Por dos años no he sido nunca completamente dichoso. Ésa es la razón por la que componía tan bien —me concentraba en mi trabajo con una perseverancia de hierro y encontré mi salvación en él. No hablemos de tu perenne menosprecio por todo lo que es alemán —eso fue sólo una bagatela...

Yo traté siempre de revelarte mi íntimo ser, pero nunca lo comprendiste. Cuan a menudo te dije que nadie más podría estar de acuerdo contigo, y me contestabas que lo mandarías al diablo, —ahora me puedes mandar a mí.

Hace tiempo has debido preguntar qué es lo que yo deseo. Deseo que ambos convengamos que no podemos vivir juntos como antes, y que arreglemos nuestra vida de común acuerdo. ¡Yo no deseo un divorcio! Tú querías eso; yo quiero paz y tranquilidad y esto es imposible con las mujeres. He perdido mi fe en todo; quiero estar solo, vivir solo. En esta opinión me reforzó Brahms, con quien hice amistad íntima en Viena. Es mejor que suceda ahora y no más tarde; antes de que gastemos más dinero, antes de sentirnos más infelices aún, y antes de que los chicos sean mayores.

Dada ha pensado que una vida independiente por largo tiempo es lo que me conviene. Los niños y los locos dicen la verdad.

Te envío muchos besos y te pido de nuevo que recibas mis palabras con serenidad.

Martha Milinowski, que no era sólo su alumna, sino también su amiga, cuenta todo este período con lujo de detalles: Eugen se negaba al divorcio, aparentemente por razones económicas, ya que era muy tacaño. Teresa se ve obligada a escribirle:

Mi situación presente debe terminar. Debo saber por fin cómo podré arreglar mi vida. Dijiste a nuestros amigos que no podías respirar el mismo aire conmigo, lo que después de tu comportamiento entiendo muy bien. Te lo he escrito antes: itienes una conciencia! Así, te pido que me escribas detalladamente cuáles son tus deseos y qué género de vida quieres que sigamos, de manera que yo sepa qué va a ser de mí y qué debo hacer con los criados, etc. Adiós, Teresa.

El divorcio no fue nada amigable, ya que d'Albert trató de declararla loca y, al fallar en su intento, de acusarla de bigamia, argumento que tampoco prosperó. En 1895 se falla el divorcio.

La ruptura, ya dolorosa, implica otra más. Su hermano Manuel se molesta por el nuevo divorcio y los hermanos discuten.

Fraülein Knauth, la nana de los niños, se despide de Teresa diciéndole que, después de lo que vio en aquella casa sobre el matrimonio y de su comentario "Uno no se casa nunca demasiado tarde ni se divorcia demasiado temprano", había decidido permanecer soltera para siempre.

Teresa asume los problemas con estoicismo. Se muda a un agradable apartamento en Berlín y organiza la vida para que siga su curso. En vacaciones van a una casa en Pertisau, en los montes bávaros. Sin embargo, las rupturas la han afectado profundamente. En una carta a Teresita, años después, le dice:

Deseo que todos ustedes, mis queridos hijos, me recuerden sólo a mí en lo relativo a los padres, y ya que he sido para ustedes padre y madre a la vez, debiera serles fácil olvidar que existió padre alguno.

Teresa lleva una vida ordenada que se repite siempre que no está en gira: desayuna temprano, ensaya en el piano, toma el almuerzo, en el que no falta la ensalada que ella misma aliña, luego juega al solitario, duerme la siesta, da clases a sus alumnos, despacha su correspondencia, toma el té a la hora debida, da un paseo, cena con la familia, juega al solitario mientras fuma (era una gran fumadora que incluso lo hacía mientras tocaba piano) y se va a la cama temprano.

En los años siguientes prosigue su vida como concertista y profesora. Se presenta en Alemania, Gran Bretaña, Italia, Francia, Suiza, Noruega, Suecia, Rusia. Gana dinero. Tiene más estudiantes que nunca. Su vida profesional atraviesa un excelente momento.

En 1896 estrena dos nuevas composiciones: *Cuarteto de cuerdas* y *Serenata para Orquesta de Cuerdas*.

Sus hijos mayores, Teresita y Giovanni, están un poco malcriados y comienzan a dar problemas, pero la vida sigue siendo buena.

La Walkiria del piano (1897-1917)

Estamos en 1897, Teresa Carreño tiene cuarenta y cuatro años y es una ciudadana del mundo. Es una mujer famosa y reconocida y también una madre de familia, cabeza de hogar. Su vida era ordenada y austera, ya que estudiaba y trabajaba mucho y tenía cuatro hijos de muy distintas edades que mantener y educar. En esos años consigue a Frau Krahl, una eficientísima ama de llaves que resuelve buena parte de los aspectos prácticos de su vida.

En ese año la entrevistan para el *Neue Musikzeitung* de Berlín. Lo que más llama la atención al periodista es, justamente, la normalidad de la vida de la pianista:

En casa de Frau Carreño (...) lo que sorprende agradablemente es la clara y dulce voz infantil que se oye al llegar allí. La pequeña Teresita abrió la puerta al visitante y le pidió esperarse en el estudio de su mamá. Allí pude observar una enorme cantidad de plantas tropicales, que recordaban el verdor de Venezuela. Entonces entró Frau Carreño con su imponente figura y sus impresionantes y bellos ojos...

En sus últimos años, entre 1897 y 1917, Teresa sigue dedicada a trabajar, igual que lo ha hecho desde los nueve años. Que tenga prestigio

profesional no la hace descansar, sino seguir estudiando, practicando mucho, dando clases. A esto se une la preocupación cada vez mayor por sus hijos. En su diario escribe:

Ya empiezo a sentirme cansada de todo esto. Lo único que anhelo es un buen descanso, y no obstante presumo que si lo tuviera no sabría qué hacer de mi vida después de haber trabajado en toda ella como lo he hecho. Creo que deseo todo esto porque no puedo conseguirlo.

En 1896 parte nuevamente hacia los Estados Unidos, país que siempre quiso mucho. Luego da conciertos en Alemania, Inglaterra, Suiza y Rusia.

En uno de estos viajes la escucha el que será el gran compositor húngaro Béla Bartok. Éste le escribe a su madre:

Quiero ahora referirme al concierto de la Carreño, del cual tengo mucho que contarte. Su fuerza y técnica son grandiosas, simplemente dignas de ser admiradas, pero su discurso musical es menos digno de lo último.

Lo que más me gustó fueron las Polonesas de Chopin y lo de Liszt, así como la Campanella; aquí pudo mostrar el mejor aspecto de su arte. La Sonata de Beethoven la tocó en muchas partes en forma ruda, y el Schumann, de pies a cabeza, simplemente (además en dos sitios inventó lo que quiso) con estas dos obras no estuve en absoluto satisfecho.

En 1899 es nombrada “Pianista de la Cámara Real de la Corte de Württemberg”; sin embargo, dista de estar contenta. Al menos así se infiere de una carta a Carrie Keating en la cual le escribe:

...en realidad soy una mujer infeliz y a pesar de toda la gloria y de cuanto pueda tener, mi verdadera y única felicidad, además de mis hijos y de mi arte, es el cariño de aquellos a quienes amo.

En 1900, a sus cuarenta y seis años, sus conciertos la llevan a Estados Unidos, Canadá, Cuba y México. En esta gira su posición ha cambiado,

ahora es una gran intérprete, recibida en las mejores condiciones. En sus programas aparecen nuevamente las composiciones de MacDowell, que no tocó durante su matrimonio con d'Albert, así como Beethoven y Mendelssohn.

En Nueva York se reencuentra con los Tagliapietra. Giovanni insiste en demandarla por un dinero que ella debería pagarle. Quiere fundar un Conservatorio de Canto y considera que Teresa debe financiarlo, por lo que le escribe en su estilo melodramático: "De ti depende toda mi vejez, así como fue tuya mi juventud". Hace algunas amenazas, pero termina tratando de convencerla:

Durante mi vida contigo siempre estuviste dispuesta a ayudar a los extraños. No entiendo por qué no has de ayudar a un hombre que ha vivido contigo quince años; un hombre del que tuviste tres hijos y que sólo pide lo que ha gastado por ti; por último un hombre que fuera de los pleitos familiares te ha tratado con respeto y consideración. Te pido solamente \$1.500 para poder abrir un Conservatorio y ganarme la vida.

La Carreño debe conseguir protección policial para librarse de Tag. También por esos días reencuentra a su cuñado, Arturo Tagliapietra, buen amigo suyo. Lo invita a Alemania para que visite a sus sobrinos, que le dan a su madre muchos motivos de tristeza. Giovanni hijo es guapo, no tiene mucho talento y nada de perseverancia, aunque a veces le va bien en el colegio. Teresita, que tenía algún talento para el piano, cambia continuamente de colegios y es muy frágil física y emocionalmente. Quiere ser una pianista famosa, pero teme ser comparada con su madre y decide dedicarse a las ciencias. Pero esto le dura una corta temporada y vuelve a interesarse por la música durante algún tiempo. La escasez de salud y espíritu de estos muchachos es atribuida por Fanny MacDowell a las teorías naturalistas de Eugen d'Albert. En una carta le reclama a Teresa:

¿No crees que has sido poco acertada y algo exagerada al adoptar las novedosas teorías de ese bribón de d'Albert en lo concerniente a la nutrición y administración en

general de tu pequeño rebaño? ¡Mira cuán fuerte y bien estás tú! ¡Tan sana como un niño! No fuiste criada como lo haces con tus pequeños. Sé que crees que es por su bien, pero ¿por qué experimentar con tus hijos? ¿Supones que (...) las legumbres y los baños extravagantes contribuyen a hacer saludable a una familia? Hasta tú, que eras tan fuerte antes de encontrar a ese pequeño monstruo, te enfermaste por la dieta a que te has sometido por complacerlo. Oh Teresita querida, rompe con todas las cadenas con que te ató ese gnomo, vuelve a ser tu bella persona, y deja que el sentido común acabe con todas las modas que has adoptado.

Las críticas de la gira de 1897 en Estados Unidos son contradictorias. En el *World* de Nueva York, el crítico afirma, por ejemplo, lo siguiente:

Ha perdido la ternura femenina, el sentimiento poético, la suavidad, que fueron una vez elemento de su interpretación. Se ha convertido simplemente en intérprete de bravura casi brutal. Parece haber sido influenciada completamente por los métodos de su último esposo. Ha perdido la cualidad del magnetismo de otros tiempos a pesar de sus encantos de belleza y gracia aún en potencia.

En Chicago, en cambio, el *Chronicle* informa:

El auditorio gritaba como políticos en una convención. Las voces agudas de las mujeres se destacaban por sobre las de los hombres. En el desenfreno del entusiasmo se rompían los guantes, se ampollaban las manos, y cuando ya no podían aplaudir más por el cansancio, aumentó el estruendo con golpes de los pies, y centenares de pañuelos blancos eran agitados desde la galería hasta el piso bajo. Al final la gente subió a escena abrazándola y besándola, y alguien propuso darle tres vivas a la Carreño que fueron dados de muy buena gana.

Según Milinowski, la Teresa de esos años es no sólo una pianista, sino también una empresaria que organiza con buen criterio su talento y sus presentaciones:

Nunca tocaría en una ciudad por una tarifa menor a la obtenida allí anteriormente por un contrato similar; tampoco aceptaría tocar en un concierto para reemplazar a otro artista (...) no toleraría que se publicaran falsedades respecto a ella (...) no vaciló en demandar a un diario (...) por unas notas difamatorias.

De la misma manera, una vez llega a rechazar un contrato en el que le ofrecen mucho dinero, pero lo hace porque piensa que es tan alta la oferta que el empresario perderá dinero y ello no le parecía ni adecuado ni justo.

La misma Milinowski hace una deliciosa descripción del comportamiento de Teresa antes de los conciertos: ensayo, juego de solitario, siesta, visitas oficiales si eran requeridas, té sola o con amigos íntimos. Aparentemente, era supersticiosa antes de los conciertos, pero ignoramos los detalles. Luego ella misma se peinaba y su doncella la ayudaba a vestir los complicados y lujosos vestidos que usaba en el escenario. Teresa era muy cuidadosa de su apariencia y usaba vestidos, telas y joyas costosas en sus presentaciones. Una vez que llegaba al teatro, nadie le podía hablar. Al terminar el concierto, que no cancelaba ni siquiera si estaba enferma, se ponía un chal sobre los hombros y atendía a los admiradores. Hablaba con todos y firmaba autógrafos hasta que se despedía. Una vez que llegaba al hotel se cambiaba de ropa y comía con gran apetito una cena de medianoche en la que le gustaba incluir ostras y champagne. Luego, ya a solas, jugaba solitario y luego del último cigarrillo se acostaba a dormir.

En 1899 vuelve a emprender una gira por los Estados Unidos, que sigue por Cuba y México. Ahora tiene un acuerdo con *Steinway & Sons*, que patrocina las giras a cambio de publicidad para sus pianos.

Por esos años, vuelve también a la composición. Si bien de niña y joven compuso mucho, a partir del matrimonio con Giovanni Tagliapietra deja de hacerlo. A pesar de ello, la lista de sus obras no es pequeña: *Gottschalk Waltz*, *Caprice Polka*; *Rêverie impromptu* (Ensoñación e impromptu); *Caprice-étude N° 1*; *Une larme* (Una lágrima); *Caprice-étude N° 2*, *Caprice-étude N° 3*; *La Corbeille des fleurs* (La cesta de flo-

res); *Souvenir de mon pays* (Recuerdo de mi país); *Marche funèbre*; *Prière* (Oración); *Polka de concierto*; *Réminiscences de Norma*; *Balada*; *Souvenir de l'Angleterre* (Recuerdo de Inglaterra); *Plainte* (Lamento); *Partie* (La partida); *Plaintes au bord d'une tombe*, 4º Elegía (Lamentaciones al borde de una tumba); *Plaintes au bord d'une tombe*, 5º Elegía; *Plaintes au bord d'une tombe*, 6º Elegía; *Fantaisie sur l'Africaine de Meyerbeer*; *Le printemps* (La primavera); *Un bal en rêve* (Un baile en sueños); *Une revue à Prague*; *Un rêve en mer* (Un sueño en el mar); *Le ruisseau* (El riachuelo); *Seis estudios*; *Mazurka de salón*; *Scherzo-Caprice*; *Deux esquisses italiennes* Nº 1 (Dos esbozos italianos); *Deux esquisses italiennes* Nº 2; *Intermezzo Scherzoso*; *Le sommeil de l'Enfante* (El sueño del niño); *Scherzino*; *Highland*, *Souvenir d'Ecosse* (Recuerdos de Escocia); *Vals Gayo*; *La fausse note* (La nota falsa); *Stacatto-capriccieto*; *Teresita Waltz*; *Danse de gnome* (Danza de los gnomos); *Étude-Mazurka*; *La petite boiteuse* (La pequeña coja); *Petite berceuse* (Pequeña canción de cuna); *Preludio*; *L'addio tanze*; *Pequeña danza húngara*; *Canción sin palabras*; *Nocturno*; *Danza española*; *Saludo a Caracas*; *Saludo a Cuba*; *Petite danse tzigane* (Pequeña danza cíngara); *Danza venezolana*; *Le livre de la vie est le livre suprême* (El libro de la vida es el libro supremo); *Voga, voga, la palida luna già rischiara*; *Himno a Bolívar*; *Himno al Ilustre Americano*; *Cuarteto en si menor*; *Serenade für orchestre der Schnüre* (Serenata para orquesta de cuerdas); *Cuarto valse*; *Valse mélancolique*, y *Romance pour violon avec accompagnement de piano* (Romanza para violín y piano).

Sus piezas solían estar inspiradas en algún compositor que le llamara la atención en el momento, sin embargo, en algunas de ellas, como en *Bal en Rêve*, dice Rosario Marciano, suena repentinamente la cadencia de un merengue venezolano. En otras se percibe la influencia de una serenata española o de una habanera. Martha Milinowski, por su parte, afirma que las demostraciones de virtuosismo influyen en sus composiciones, y que introducía en ellas “todo género de intrincadas dificultades. Cuando ella tenía interés en perfeccionar pasajes rá-

pidos, escalas en octavas, saltos peligrosos y su favorito de siempre, el trino, reflejaba esta preocupación en sus creaciones”.

En 1901 Arturo Tagliapietra, su cuñado, llega a Alemania para trabajar como su secretario. Se convierte también en el organizador del hogar y su confidente. Ella le ofrece matrimonio y se casa con él en 1902, cuando tiene cuarenta y nueve años. Los amigos se escandalizan e incluso pierde la amistad de algunos. Teresa escribe:

Conoces suficiente mi vida para saber cuán sola estaba en realidad, cuán vacío mi pobre corazón, y puedes comprender de veras. Decirte que soy más feliz de lo que jamás soñé es una breve y pobre descripción de mis sentimientos (...) Como sabes lo que he sufrido y realmente eres mi amiga sé que te contentará mi dicha, que es la que he anhelado toda mi vida, la de poseer un corazón sincero, leal y noble que me ayude a través de los pocos años que debo vivir (no pueden ser muchos porque ya estoy vieja) y que comparta conmigo mis angustias y mis alegrías. Arturo será como mi esposo lo mismo que era cuando me amaba en silencio durante todos estos años, y cuando yo pensaba que sólo le inspiraba simpatía a causa de lo desgraciada que era por su hermano, y no tuve la más ligera sospecha de que el cariño que anhelaba fuese ya mío. Si lo hubiera sabido. ¿No es extraño que estos años hayan pasado –me amaba devotamente durante los últimos catorce años– ignorando yo todo, y que sea ahora cuando se han abierto mis ojos? Él era muy orgulloso para demostrar sus verdaderos sentimientos hacia mí y sólo por las circunstancias me di cuenta de dichos sentimientos. ¡Qué extraña es la vida! Todo lo que tuve antes halagaba sólo mi vanidad. Mi corazón no intervenía en nada a excepción del amor a mis hijos y del verdadero y profundo cariño para con mis amigos. Además fui muy desgraciada, pues me faltaba el corazón fiel y sincero que deseaba poseer; el compañero de mis horas solitarias y tristes. Ahora lo tengo a él y no puedo expresarte lo agradecida que estoy por esta felicidad.

A partir del matrimonio, Arturo la acompaña en todos sus viajes. Es una época feliz. Había encontrado un compañero y su prestigio como intérprete estaba consolidado. Ida Lipsius escribe sobre ella en el *Musikalische Studienköpfe*: “Su forma de tocar se caracteriza por un asombroso genio técnico unido a su exótica belleza y majestuosa pose”.

Las giras de Teresa Carreño son esta vez por Gran Bretaña, Alemania, Holanda y Polonia. En Varsovia interpreta el *Concierto en la menor* de Edvard Grieg, dirigida por él mismo.

En 1903 se presenta en España y Portugal. El escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo asiste a uno de sus conciertos y describe a Teresa a sus cincuenta años de una manera casi erótica:

Arrogante, bella aún, casi joven, casi fresca y lozana a pesar de los ósculos de nieve que ha dejado el tiempo en su ondeante cabellera; admirablemente trajeada, escotada, desnudos los redondos brazos, recogiéndose la amplia falda en armónicos pliegues sobre la curva de las robustas caderas, y marchando con esa marcha clásica, especial y un tanto ruda que hace estremecer las tablas de los escenarios que pisa.

En 1905 y 1906 todos los conciertos son en Europa. En 1907 en Australia y Nueva Zelanda. De vuelta de allí hace escala en las Islas Fiji, donde le piden un concierto. Accede, pero ella misma debe afinar el piano con una pinza.

Vuelve a los Estados Unidos en 1908, contratada para dar ochenta conciertos. Entre 1909 y 1911 hace largas giras por Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Estados Unidos. En 1912, sus colegas, discípulos y amigos organizan un gran homenaje al conmemorarse sus cincuenta años de vida artística. Entre 1912 y 1915 vuelve a las giras europeas.

En los veranos y entre las giras, se dedicaba a la docencia. Podía recibir hasta a veinte estudiantes, que copaban los albergues del pueblo alemán o suizo donde estuviera pasando esos meses (Obersalzberg, Oberstdorf y Grindelwald eran sus favoritos). Fue una profesora dedicada, con ideas muy precisas sobre cómo dar clases de música. Se consideraba la “fundadora del método moderno de tocar piano”, basado en la naturalidad de los movimientos. En una entrevista que le hace Jetta Dorothea Geffen en 1917, publicada en el *Musical Courier* de Nueva York, afirma:

No se debe forzar a todos los niños a estudiar música (...) ¿Por qué forzarles a una educación musical indiscriminada? Nosotros no insistimos en que todos los niños estudien pintura, escultura, arquitectura ni pedimos que sean poetas. Entonces, ¿por qué obligarles al estudio de la música? Un instinto musical no puede迫使, se puede ayudar, guiar, pero no imponerlo por la voluntad de alguien. Es fácil adivinar las tendencias en un niño, y un sentimiento musical se muestra en términos inequívocos. Yo pienso que se debe rodear al niño de una atmósfera culta, para así darle la oportunidad de escuchar buena música, entonces, si hay allí un instinto musical, se dejará ver enseñada. Se puede despertar un deseo a través del oído, pero no se puede forzar un deseo.

Si un niño no responde a la influencia de la música hay que dejarlo tranquilo.

Un maestro es como un doctor. Un discípulo debe venir al maestro para enseñarle sus flaquezas, no sus ventajas. Así puede el maestro prescribirle una receta. Pero la mayoría de los discípulos tienen una actitud falsa para con los maestros. Lo primero que yo trato de descubrir en un discípulo cuando viene a mí es algo llamado ritmo (...) Sin un sentido del ritmo es imposible lograr un gran artista, ya que es necesario ser un gran músico para ser un gran pianista (...)

Estos son mis mandamientos: primero una buena condición física y nervios estables, pienso que es algo que va antes del ritmo, incluso.

Segundo, nunca trabajar de más. No dejarse llevar por el interés del estudio a tal punto que la salud sufra bajo este interés (...) La calidad del trabajo es lo que cuenta y no la cantidad. Las horas de práctica deben dividirse bien, cinco horas de trabajo al día es una gran cantidad. El estudiante debe sentarse al piano fresco de mente y cuerpo, de otra manera no logrará nada: un cuerpo cansado y una mente oscurecida no conducen a ninguna parte. La moderación en la vida es el camino más seguro.

En la misma entrevista se describe una clase con ella. Algunos estudiantes tocaban y otros sólo escuchaban. Compara el color y el tono en Beethoven con Shakespeare, que nunca decía lo mismo de igual manera. Al comentar la interpretación de un vals, explica la importancia del ritmo y les hace imaginarse que lo bailan:

Pero lo más importante de todo, táquelo como si fuera realmente un vals o no se puede bailar. Observe, ahora viene el Sr. H. para pedirme el honor de bailar esta pieza conmigo

(el Sr. H. es uno de los discípulos que sonríe encantado a Mme. Carreño, mientras al fondo se oye el murmullo apagado de la risa proveniente del resto de la clase). Ahora comienza la música, él me guía galantemente sobre el piso. Danzamos con belleza, porque la música inspira a ello. Ahora se acaba el vals, pero todo no está aún concluido, pues nos retraemos un poco mientras él me dice cuánto ama el... clima. Ahora él hace una reverencia, me da las gracias y el vals acaba suavemente.

En un texto que se publicó en un libro sobre la pedagogía del piano, de James Francis Cooke, Teresa comenta sobre los aspectos que tiene que tener en cuenta el profesor. Para explicar la individualidad del artista, pone como ejemplos a Rembrandt, Rubens y Van Dyke, que hubieran pintado el mismo modelo de manera muy distinta. Es muy explícita sobre la importancia de observar la mano del estudiante, pues cada una es distinta y los ejercicios deben ser específicos:

El individuo prosaico que cree que la meta del estudio musical consiste en adquirir una técnica o una destreza especial de los dedos, tiene que convencerse de que tal propósito no es otra cosa que la falta de individualidad que destrozará su carrera por completo. Años y años de práctica no hacen un artista ni un virtuoso, sólo traen como resultado un individuo que sabe cuántas notas toca a 208 medidas del metrónomo por minuto. (...)

La mente del artista debe ser cultivada (...) La cultura se deriva de la observación, de la naturaleza, de la historia de seres humanos, de la arquitectura, de la poesía. Yo recomiendo siempre a mis discípulos, aspirantes a la música, el leer mucha poesía. Yo misma encuentro gran inspiración en Shakespeare (...) En este caleidoscopio de pasiones humanas se puede hallar un mundo de inspiraciones.

Me place también comparar grandes maestros de la literatura con grandes maestros de la música. A Shakespeare lo comparo con Brahms; Goethe con Bach y Beethoven; Heine y Musset con Chopin y Liszt. (...)

Todo estudiante de música debe familiarizarse con la valiosísima historia de la música. ¿De qué otra forma puedo conocer a esos individuos personalmente? Mientras más sé de Chopin, Beethoven, Scarlatti o Mendelssohn como hombres, como maestros, más me intereso y conozco el tiempo en que vivieron, más cerca me siento de sus deseos y por consiguiente más cerca del estilo en el cual crearon sus composiciones.

En 1913 cumple sesenta años y sufre de reumatismo, pero a pesar de las enfermedades nunca cancela una presentación. En Australia dio un concierto a pesar de que tenía tal infección en un dedo que tuvieron que someterla a una operación.

Mientras, los hijos mayores siguen dando batalla. Teresita Tagliapie tra Carreño había desarrollado una irregular carrera como pianista. En 1905 madre e hija se presentaron juntas, pero ambas preferían mantenerse separadas en los conciertos. Teresita no era puntual ni responsable, cambiaba el programa de acuerdo a su ánimo y cancelaba funciones con facilidad. En 1907, a los veinticinco años, se casa con un estudiante de música inglés. Nace su hija Suva, primera nieta de Teresa Carreño, de la que se ocupan ella y la otra abuela mientras sus padres estudian en París. Teresita se divorcia y piensa comenzar una carrera como cantante o actriz o bailarina o violinista o compositora de ópera o directora de orquesta, nunca se sabe. Giovanni, que ya tenía treinta años, se parecía mucho a su padre: guapo, encantador, jugador y muy perezoso. Trató de ser violinista, mecanógrafo, cantante de operetas. Teresa le paga estudios de canto en Roma, pero él aún se quejaba. En una carta, Teresa le escribe:

No creo que merezco tus sarcásticas observaciones sobre asuntos de dinero y tu temor de verte privado de él en caso de enfermedad. Piensa en toda tu vida y dime si te ha faltado mi ayuda alguna vez. Debes admitir que siempre he estado presente para atender tus necesidades y para librarte de cosas que estaban muy lejos de ser "necesidades", y no debes sufrir ahora por falta de mi ayuda. Mientras yo pueda trabajar y ganar, y no te sea posible atender a tus gastos de artista (sé que estás muy dichoso de hacerlo) ahí estaré yo, hijo querido. Si por enfermedad o accidente desaparezco, será entonces cuando no tendrás una madre que vele por ti.

A pesar del intensísimo trabajo de estos años, las finanzas se convierten en su preocupación constante. Al respecto le escribe a su hijo Giovanni:

En cuanto a los negocios, nuestras cosas están peor que hace tres años, y Dios sabe que iban bastante mal. Esto completamente entre nous, ya que la gente no debe pensar que no hago un negocio brillante. Si alguien te pregunta, di que supones que los negocios andan bien. En casi todas las ciudades he tenido la mitad de los llenos que tuve la última vez (...) Hasta ahora no he perdido dinero, (...) pero no gano sino lo necesario para los gastos. Es algo desalentador, ¿verdad?

En las cartas que les envía a sus hijos los trata muy cariñosamente, pregunta si necesitan dinero, les da ánimo cuando ellos sienten que no son buenos artistas, describe muchos detalles de su vida, hace chistes y siempre les recuerda cuánto los extraña.

En cuanto a Eugenia y Hertha d'Albert, ambas son unas normalísimas alemanas, totalmente alejadas del espíritu bohemio de Teresita y Giovanni, a pesar de que Eugenia tenía fantasías de ser sufragista o monja. Eugenia era buena deportista y una excelente organizadora. Hertha, en cambio, tenía aptitudes para la música y las artes plásticas. Eugenia y Hertha sólo conocieron a su padre en 1904, cuando tenían, respectivamente, doce y diez años. Antes de eso, Eugen d'Albert había tratado de visitar a sus hijas, pero Teresa difiere las visitas poniendo como excusa la salud de las niñas. En su carta al abogado hay ecos de la que Frau Bishoff le enviara a ella cuando trató de ver a Emilita:

Desgraciadamente no es posible satisfacer los deseos de Herr d'Albert por razones de educación y de salud (...), parece haber olvidado que sus hijas no saben nada de él y que es un perfecto extraño para las pequeñas. Si yo le recordara que dejó a sus hijas cuando la mayor tenía dos años de edad y la menor sólo cinco meses, podría explicarse por qué las pequeñas no saben nada de él. Pensé que era mejor conservarlas cuanto fuera posible ignorantes de que su padre las dejó sin ninguna razón...

Emilita, la hija que dio en adopción, vuelve a aparecer en la vida de Teresa a la muerte de su madre adoptiva. En 1905, teniendo treinta y un años, casada y con hijos y habiendo dilapidado su herencia, se en-

cuentra con su madre biológica. A partir de entonces le escribe constantemente a Teresa exigiendo dinero, joyas, pieles y regalos.

Con hijos que consumen tanto dinero, Teresa debe seguir trabajando, a pesar de que su salud se veía menguada y comienza a sufrir achaques, bronquitis e, incluso, alguna vez se encuentra al borde de un colapso nervioso.

Teresa era una mezcla de madre consentidora y suave tirana. Aparentemente, la única voluntad en la casa es la suya, y sus hijos deben obedecerla, pero en realidad terminaba plegándose a cualquier demanda de ellos para demostrarles su amor. No sólo con sus hijos fue Carreño muy afectuosa, también con amigos y discípulos. Siempre le daba nombres cariñosos a los miembros de su familia: Giovanni padre era "Tag" o "Nanno", Giovanni hijo era "Baby Boy", Arturo era "Turo mío", así como Eugen había sido "Liebchen" y "Toto" y Eugenia "Lili-putchen".

Al comenzar la Primera Guerra Mundial, la situación de Teresa Carreño se convierte en algo terrible, según le escribe a Giovanni:

Siento decirte que tengo muy malas noticias que darte. Debido a esta terrible guerra nos encontramos en un serio problema económico. El poco dinero que tengo ahorrado está retenido y todo lo que puedo conseguir es un préstamo sobre esa suma que nos permita vivir, y eso privándonos de toda comodidad. Tenemos que pasarla sin criada y debemos contentarnos con lo suficiente para no morir de hambre. No puedo enviarte más de 150 francos, y verás qué haces para ganarte el pan, pues no puedo ayudarte más. Están cancelando todos los contratos para el invierno y temo que no podré ganar ni con los conciertos ni con las lecciones. ¡Quién quería recibir clases en estas terribles circunstancias!

Las fronteras europeas se vuelven complicadísimas y los hijos de la Carreño, que hablan varios idiomas y tienen distintas nacionalidades, comienzan a tener problemas. Teresita llega a Argelia, es confundida con una espía y la encarcelan. Poco tiempo después, Giovanni tiene el

mismo problema en Milán donde piensan que es un espía alemán. Mientras, Teresa da conciertos en Noruega y Suecia, luego en España.

Por esos años también se dedica a su libro *Posibilidades tímbricas mediante el uso artístico de los pedales. Mecanismo y funcionamiento de los pedales del piano (Possibilities of Tone Color by Artistic Use of Pedals)*. Escrito en inglés, fue publicado póstumamente en 1919. Es un libro muy técnico donde explica la manera correcta de usar los pedales del que fuera siempre su instrumento.

En 1916, Hertha se casa con Herr Weber y Eugenia con Jorn Durske. Teresa le escribe a una amiga acerca de este último:

Es un joven muy simpático y enérgico, de 25 años. Se quieren mucho, y como ninguno de los dos tiene bienes materiales, creo que serán muy felices en su vida matrimonial.

En ese mismo año se va de gira a Estados Unidos, se presenta en Nueva York, Boston, Chicago, Washington y Kansas City. En Nueva York graba su música en discos de pianola. No le gusta la experiencia ni tampoco el resultado. Aunque ya era posible hacerlo, nunca quiso grabar sus interpretaciones en discos fonográficos.

En 1917, comienza su gira por Cuba, la última de su vida. Durante el viaje a La Habana comienza a ver doble. Arturo la obliga a ver a un médico, quien le aconseja que repose antes de volver inmediatamente a Nueva York. Ella, fiel al deber y a ese espíritu prusiano con el que extrañamente nació, no cancela el concierto, que ofrece como si nada le pasara.

Al día siguiente, sin embargo, los médicos le prohíben que se vuelva a presentar. Arturo prácticamente debe forzarla a volver a Nueva York.

El informe del médico que la atiende en La Habana dice:

El Dr. J.M. Penichet certifica que ha examinado a la señora Teresa Carreño, encontrando que padece de una diplopía de origen central, debida a la influencia local de una postración nerviosa general y recomienda un reposo absoluto que debe durar hasta que

sus ojos vuelvan a su estado normal, sin atreverse a apreciar el tiempo fijo en que esto pueda realizarse.

La prensa y el público consideran su abandono como un desprecio. Para ellos, especie de monstruo que debe alimentarse continuamente, los artistas no son humanos. Así lo expresa el vespertino *La Noche*:

Singular coincidencia. Lo mismo que Paderewski, Teresa Carreño no pudo dar los conciertos anunciados. Ambos artistas se enfermaron en nuestro saludable y puro clima. Esperamos que la señora Carreño se mejore pronto y que pueda aún, a pesar de su avanzada edad, dar muchos conciertos...en Nueva York.

Vuelve a Nueva York a seguir su tratamiento, pero no se recupera. Muere el 12 de junio de 1917 a los sesenta y cuatro años.

Es cremada y Arturo guarda sus cenizas. Años después, en 1938, éstas son depositadas en el Cementerio Nacional del Sur en Caracas. En 1977 se trasladan al Panteón Nacional de Venezuela.

El diagnóstico del Dr. Penichet hace pensar que Teresa murió de cáncer. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que tuvo una muerte feliz, después de una vida larga, llena de hijos, maridos, discípulos, admiradores y detractores, trabajo, libros, composiciones, música, viajes, éxitos y fracasos, luces y sombras. Una vida plena, como debe ser.

- Acosta, Cecilio. "María Teresa Carreño". En: **Cecilio Acosta**. Caracas, Colección Clásicos Venezolanos de la Lengua, 1963. (citado por Milanca, 2000).
- Agostini, Desiree. "La mujer venezolana y su música a finales del siglo XIX. Un nuevo aporte a la musicología venezolana". En: **Revista Venezolana de Estudios de la Mujer**, V. 8, N° 20. Caracas, enero-junio 2003.
- Alcibiades, Mirla. **Manuel Antonio Carreño**. Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana, 2005.
- Arrieta, Diógenes A. "Recuerdos de Venezuela. Teresa Carreño". En: **Crónica de Caracas**, 15. Caracas, agosto 1953.
- Camacho, Simón. Texto sin título ni datos bibliográficos. Archivo Teresa Carreño.
- Carreño, Manuel Antonio. **Manual de Urbanidad y buenas maneras**.
- Carreño, Teresa. **Posibilidades tímbricas mediante el uso artístico de los pedales. Mecanismo y función de los pedales del piano**. Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, 2005.
- Carreño, Teresa. "Possibilities of tone color by artistic use of pedals". **Revista Musical de Venezuela**, 43. Caracas, 2001.
- Castillo Didier, Miguel. **Cayetano Carreño**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Clemente Travieso, Carmen. **Teresa Carreño. Ensayo biográfico**. Caracas, Publicaciones de la Agrupación cultural femenina, 1953.

- Coifman, David "Recuerdos americanos de Madame Teresa Carreño". **Revista Musical de Venezuela**, 43. Caracas, 2001.
- De la Plaza, Ramón. **Ensayos sobre el arte en Venezuela**. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1977. (citado por Milanca, 1990).
- **Diccionario de Historia de Venezuela**. Caracas, Fundación Polar, 1997.
- **Diccionario de Música**. Fundación Bigott.
- González Bogen, Oscar. **Teresa Carreño en Maracaibo**. Maracaibo, Banco Hipotecario del Zulia, 1988.
- Guido, Walter y José Peñín. **Enciclopedia de la música de Venezuela**. Caracas, Fundación Bigott, 1998.
- Gutiérrez, Jesús Eloy. **Para conocer a Teresa Carreño**. Caracas, Fundación Teresa Carreño (Centro Documental), 2003.
- Hernández Gutiérrez, Rafael. "Teresa Carreño". En: **Crónica de Caracas**, 15. Caracas, agosto 1953.
- Lira Espejo, Eduardo. "Teresa Carreño". **Revista Musical de Venezuela**, 39. Caracas, enero-junio 1999.
- Mann, Brian. "Nuevas apreciaciones sobre el comienzo de la carrera musical de Teresa Carreño: años 1862-1874". **Revista Musical de Venezuela**, 43. Caracas, 2001.
- Mann, Brian. "Colección Teresa Carreño en el Vassar College". **Revista Musical de Venezuela**, 32-33. Caracas, 1993.

- Marciano, Rosario. **Teresa Carreño compositora y pedagoga**. Caracas, Monte Ávila, 1971.
- Meisner, Ines. Vida, **Labor y obra de la pianista venezolana María Teresa Carreño**. Caracas, Instituto Latinoamericano, 1989.
- Milanca Guzmán, Mario. "Los salones: primeros escenarios de Teresa Carreño". En: **Música Iberoamericana de Salón**. Caracas, Fundación Vicente Emilio Sojo, 2000.
- Milanca Guzmán, Mario. **¿Quién fue Teresa Carreño?** Caracas, Alfadil, 1990.
- Milanca Guzmán, Mario. "Dos cartas inéditas: Teresa Carreño le escribe a José White". En: **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, 290. Caracas, abril-junio de 1990b.
- Milanca Guzmán, Mario. "La novela de Marta Milinowski". En: **Revista Nacional de Cultura**, 275. Caracas, octubre-diciembre 1989.
- Milanca Guzmán, Mario. "Teresa Carreño: Cronología y manuscritos". En: **Revista Musical Chilena**. Año XLII, Nº 170. Santiago, julio-diciembre de 1988.
- Milanca Guzmán, Mario. **Teresa Carreño. Gira caraqueña y evocación (1885-1887)**. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1987.
- Milanca Guzmán, Mario. "Dislates en la obra Teresa Carreño de Marta Milinowski". En: **Revista Musical de Venezuela**, 12-13-14. Caracas: Enero-diciembre 1984.
- Milanca Guzmán, Mario. "Los salones: primeros escenarios de Teresa Carreño".

- Milinowski, Marta. **Teresa Carreño**. Caracas: Monte Ávila, 1988.
- Nuñez, Enrique Bernardo. "Teresa Carreño". En: **Crónica de Caracas**, Año III, Nº 15. Caracas, agosto-diciembre 1953.
- Osuna, Yolanda. **Teresa Carreño. Esbozo biográfico**. Barquisimeto: Publicaciones del Departamento de Cultura y Relaciones de la Universidad de la Región Centro Occidental, 1969.
- Palacios, Lucila. **Teresa Carreño. Discurso de orden a cargo de la escritora Mercedes Carvajal de Arocha (Lucila Palacios) en el acto de inhumación de los restos de la artista**. ¿1978?
- Peña, Israel. **Teresa Carreño**. Caracas, Grijalbo, 2002.
- Peñín, José. "La música". En: **La cultura de Venezuela. Historia mínima**. Caracas: Fundación de los trabajadores de Lagoven, 1996.
- Peñín, José. "21 cartas de Teresa Carreño a Guzmán Blanco". **Revista Musical de Venezuela**, 32-33. Enero-diciembre 1993.
- Pino Iturrieta, Elías. "La urbanidad de Carreño". En: **Música Iberoamericana de Salón**. Caracas: Fundación Vicente Emilio Sojo, 2000.
- Pita Parra, Laura Marina. **Presencia de la obra de Edward MacDowell en el repertorio de Teresa Carreño. Revisión de programas de concierto, correspondencia, reseñas de prensa y otros documentos pertenecientes al Archivo Histórico de Teresa Carreño en Caracas**. Trabajo Especial de Grado para optar a la Licenciatura en Artes, mención Música. Escuela de Artes, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1999.

- Plaza, Juan Bautista. "Teresa Carreño". En: **La música en nuestra vida (Escritos 1925-1965)**. Caracas: Fundación Vicente Emilio Sojo, 2000.
- Plaza, Juan Bautista. **Teresa Carreño**. Caracas: Tipografía Americana, 1938.
- Rosales Pulido, Gerardo. "El método de piano de Manuel Antonio Carreño: su importancia histórica y la polémica con Antoine Françoise Marmontel". En: **Revista Musical de Venezuela**, 40. Caracas, 1999.
- Stevenson, Robert. "Las presentaciones californianas de Teresa Carreño en 1875". En: **Revista Musical de Venezuela**, Año V, N° 12-13-14. Caracas, enero-diciembre 1984.
- Velásquez, Ramón J. **Joaquín Crespo**. Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana, 2005.
- Wilson, G. Mark. "Observation in Piano Playing. An interview obtained especially for The Etude (...) with the distinguished pianist Mme. Teresa Carreño". En: **The Etude**. s/f. Archivo Teresa Carreño.

La niña prodigo (1853-1862)	11
Una niña venezolana en Nueva York (1862-1866)	23
Una joven venezolana en París y Londres (1866-1872)	35
Teresa Carreño-Sauret (1872-1876)	43
Teresa Carreño-Tagliapietra (1876-1885)	47
Caracas, allí está... (1885-1887)	53
Años perdidos (1887-1888)	67
Teresa Carreño-d'Albert (1889-1896)	73
La Walkiria del piano (1897-1917)	87
Bibliografía esencial	103

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo

Próximos

Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donis
Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
Miguel Otero Silva / Argenis Martínez

En imprenta

Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de septiembre de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Enscream y 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Teresa Carreño

Violeta Rojo

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Además de haber sido niña prodigo, Teresa Carreño "vivió como una mujer del siglo XXI en pleno siglo XIX". La observación de Violeta Rojo bastaría para aventurarse en las páginas de esta biografía escrita de manera ejemplar. La gran pianista, en efecto, fue como una mujer del siglo XXI que vivió, además, en los países de América y Europa donde la vida y las costumbres eran más avanzadas.

Nacida en Caracas en 1853, hija del músico Manuel Antonio Carreño; su padre la educa inicialmente y, en 1862, a los 9 años, la lleva a Nueva York para que dé sus primeros pasos. Abraham Lincoln la invita a tocar en la Casa Blanca; la niña prodigo no disimula su incomodidad por el pobre estado del piano presidencial!, y protesta.

Más allá de las peripecias personales, (cuatro maridos, siete hijos), Teresa fue una de las personalidades de mayor relieve en el mundo musical de su tiempo. Desde el debut en Estados Unidos, la carrera de la gran pianista es estudiada en estas páginas de manera entusiasta. A partir de entonces, se va convirtiendo en gran figura mundial. Una odisea de triunfos y avatares. De naturaleza compleja, Violeta la describe así: "...majestuosa, arrogante, avasallante, imponente", al tiempo que registra las referencias a su "dulzura de trato, encanto personal, feminidad y hermosura".

Si hubo paradojas, las encontró en su último retorno a su natal Caracas. "Yo no sé a qué atribuir esta guerra que se me hace, (le dice al presidente Guzmán-Blanco en 1887), pues no sé en qué manera merezco yo esto, como también los insultos personales que se me hacen por la prensa a cada paso". ¿Reconocen el país? Violeta Rojo, escritora de fino estilo, dibuja aquí un espléndido, a veces dramático retrato de Teresa Carreño.

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE